

TELARAÑAS

TELARAÑAS
(Comedia en dos actos divididos en seis momentos)

Estrenada en el Teatro Lara de Madrid, el día 8 de mayo de 1955, por la Compañía de Teatro de Ensayo de la E.O. de Periodismo, con el siguiente

REPARTO

HOMBRE	Gilberto Alemán
AVELINO	Mario Antolín
DAMIÁN	Fernando Javier
ENGRACIA	Flor de Colmenares
SUSI	M. ^a Fernanda D'Ocón
CABALLERO	José M. Blanco
LUCIANA	Ana Zaforteza

Dirección
MANUEL RUIZ-CASTILLO

Personajes

HOMBRE

AVELINO

DAMIÁN

ENGRACIA

SUSI

CABALLERO

LUCIANA

ACTO PRIMERO

PRIMER MOMENTO

Al alzarse el telón se ve una enorme telaraña incrustada en un telón de gasa que ocupa toda la embocadura. Acto seguido, aparece el HOMBRE de las telarañas, que viste un chillón traje verde, remendado por las rodillas; lleva una chistera con la copa desvencijada. En su mano derecha un paraguas. Entra por la derecha.

HOMBRE.— Yo soy un hombre extraño, al menos eso dice la gente... Soy amante de la limpieza y curioso hasta el límite de sentirme inquieto cuando no consigo descubrir lo que hay detrás de las cosas, si bien, cuando lo hago, suelo llevarme muchos disgustos... Me entristece contemplar esa pasividad de la gente que vive indiferente a la mugre que le rodea. A veces me alegra ver cómo esa gente saca un poquito la cabeza y se eleva sobre todas esas cosas manifestándose higiénica, buena... ¡pero son tan pocas...!

Quizás sea mejor cerrar los ojos, no saber, ignorar, huir del conocimiento real de las cosas: pero ése es el problema, saber qué es mejor, porque, por otra parte, a la larga —se lo aseguro— nadie sabe dónde está lo conveniente, y el desenlace llega fatalmente y nos sorprende, sea cual fuere. Somos tan tontos que nos dejamos engañar por todo lo aparente sin detenernos a pensar que lo aparente es una parte, nada más que una parte; sin acordarnos de que la vida no es farsa completa aunque tenga mucho de ella y haya momentos en que lo parezca totalmente.

Es curioso ver cómo se asusta todo el mundo cuando llega el final de sus asuntos, si ese final es triste o desagradable y cómo vocifera y ríe

inconsciente cuando el final tiene algo de grotesco y divertido... como si lo grotesco no fuera dramático y lo dramático grotesco, como si no existiera algo misterioso que mezcla ambos conceptos en una aleación cuyo nombre es para todos el mismo...: Vida.

Y el colmo son estas telarañas que hacen todo más opaco... más sucio... *(Empieza a quitar con el mango del paraguas la telaraña, que recogerá en la derecha, dejándola así durante toda la obra.)* Yo limpio... A veces siento tener que dedicarme a este oficio... pero... no sé hacer otra cosa... Es lo mío... También tengo derecho a ser maniático...

(Sale por la derecha después de hacer una grotesca reverencia.)

(Ha quedado al descubierto la decoración, que se veía amortiguada por la gasa. Es una buhardilla. Por la ventana, al foro, mitad derecha, se ven dos chimeneas y el cielo. En la mitad izquierda hay una cama turca. En el lateral derecho, primer término, se ve la puerta de la calle, toda de cristal transparente, que se abre para ambos lados mediante unos muelles como los que tienen las de los lugares públicos. No tiene cerradura. En segundo término de este lado, un aparadorcito, y sobre él, colgado en la pared, un cuadro de una señora, pintado hacia 1912. A la izquierda, primer término, un hogar de encina con campana alta en la cual habrá un vasar habilitado para estantería de libros. Junto al fogón, una pequeña pila con sus grifos. En el centro de la escena, como dividiéndola, hay una finísima viga de madera oscura, que tiene un clavo donde están colgados una capa y un chambergo. Tras esta viga y un poco hacia la derecha, un chubesqui, cuya chimenea va a salir por un orificio practicado en el cristal de la ventana. Ante la cama, un montoncito de leña. Sobre el fogón, una cacerola de porcelana. A la derecha, frente a la puerta, una mesa redonda nueva, de estilo italiano y cuatro sillas de igual clase. En primer término, y a ambos lados de la viga, dos sillones rojos, también de estilo italiano, a uno de los cuales le falta una pata

y está calzado con dos o tres libros. Por el suelo hay muchos papeles, hechos unas pelotas o rasgados. En el techo izquierda, un tragaluz. Por todos los rincones hay telarañas, muchas telarañas. Sobre la mesa hay un foco cenital de color caliente que estará encendido durante las escenas que se desarrollan entre AVELINO y los diversos personajes que a ella se sientan.

Acostado en la cama está AVELINO. Lleva chaqueta de ante con una abertura atrás, pantalón de paño azul eléctrico con un remiendo morado en la rodilla derecha, zapatos de suela de tocino, barba y bigote muy cuidados. Tiene unos 35 años. De aspecto asténico, introvertido. Al alzarse el telón hay un corto silencio, después del cual AVELINO da un brinco, se pone de rodillas en el suelo y empieza a revolver unos libros que hay debajo de la cama. Saca uno, empuja los demás hacia dentro, va a la estantería del vasar, coge otro y deja los dos sobre la mesa. Va al montón de leña, toma un tronco y lo echa en el chubesqui que sólo se ve arder a través de una rendija roja intermitente. Por fin va a la cama, se sienta al borde y empieza a frotarse briosamente la espalda y el pecho. Se abre la puerta de la calle y entra DAMIÁN. Viste traje marrón de pana, muy bien cortado; de su chaleco pende una enorme leontina de oro. Es grueso. Tiene unos 40 años.)

DAMIÁN.— ¡Chico, que frío hace!

AVELINO.— Sí, mucho... Es el invierno...

DAMIÁN.— Claro, el invierno; pero luego pasa.

AVELINO.— ¿Has vendido mucho?

DAMIÁN.— ¡Pcha! Regular. No puedo quejarme. Calculo que entre la mañana y la tarde sacaré lo suficiente para ir tirando. Como casi todos los días; ni más ni menos.

AVELINO.— Es una suerte.

DAMIÁN.— Toma, la suerte que quiero. Todo el que quiera puede ganar eso. Sólo necesita quererlo.

AVELINO.— Claro y luego las buhardillas deshabitadas. ¡Qué gracia me haces!

(Breve silencio.)

DAMIÁN.— Y tú ¿cómo marchas desde ayer?

AVELINO.— Como siempre también. Yo no vendo telas, vendo clases de historia.

DAMIÁN.— Porque quieres.

AVELINO.— Porque tengo que venderlas.

DAMIÁN.— Tonterías.

AVELINO.— Sí, sí, tonterías... *(Un silencio. Con aire triste.)* Tengo una nueva alumna. Me paga doscientas cincuenta al mes.

DAMIÁN.— ¿Síííí?

AVELINO.— Sí. *(Como ido.)* Tiene un delicioso aspecto de sinceridad... Se ríe desde dentro ¿sabes? Es magnífica... No puedes imaginarte... Te aseguro que si yo no fuera tan...

(Deja la frase en el aire.)

DAMIÁN.— Tan... ¿qué?

AVELINO.— Tienes razón... ¿qué? *(Escéptico.)* En definitiva me daría igual.

DAMIÁN.— ¿Por qué?

AVELINO.— Porque tiene que darme. En definitiva todo es como tiene que ser.

DAMIÁN.— ¡Y dale! Tienes unas ideas absurdas. A veces te pones insoportable... Te soporto porque eres tú, que si no... ¡Anda, convídame a un trago!

AVELINO.— *(Va al aparador tarareando la melodía “Marea baja”. Coge dos vasos, los limpia con una servilleta y los deja sobre la mesa. Luego va al fogón y coge la cacerola.)* No sé cómo estará. *(Echa en ambos vasos leche de la cacerola, se sienta y beben.)* Pues no está mal ¿verdad?

DAMIÁN.— Qué va, hombre, está muy bien, muy fresquita... Como debe ser... Cada cosa en su tiempo... Ayer en la taberna de Manolo me dieron un vino más caliente...; pero esta leche está muy rica, de verdad. ¿Tú ya no tienes vino?

AVELINO.— No, ahora, con esto del gato... Viene todos los días a verme. Le doy de comer. Debe ser un golfo, pero nos queremos mucho... y nos necesitamos.

DAMIÁN.— Lo comprendo.

AVELINO.— No sabes qué buenos ratos me paso con él. Cuando viene parece que está un amigo conmigo. Tú... Sí es como si estuvieras tú.

DAMIÁN.— Viviendo como vives... estás demasiado apartado de todo... (*Un silencio, AVELINO se encoge de hombros.*) Y esa chica ¿cómo es?

AVELINO.— ¡Joven!

DAMIÁN.— Tienes suerte, granuja, a lo mejor... ¿eh?

(*Gesto confidencial.*)

AVELINO.— ¡Bah! No me gusta soñar. Todo me sale torcido. A estas alturas sería extraordinario que tuviera suerte en alguna cosa.

DAMIÁN.— No seas pesimista, hombre, no te dejes vencer por la indolencia; aquí me tienes a mí. Dos veces al borde de la ruina, dos veces recuperado... Sigo en el negocio como hace diez años, conservo ilusiones, energías... Compréndelo... los años y los fracasos no deben atarnos, no podemos dejarnos ganar la partida. Mira, la medida del tiempo es la medida de nosotros mismos. Abandonarse es derrotarse uno mismo... (*Un silencio breve.*) Yo te digo una cosa. La única derrota fatal, la única que nos vence es la última, pero cuando llega ya no tenemos que preocuparnos, para entonces no respiramos... Las otras se vencen, se vencen siempre; las otras...

AVELINO.— Las otras son las que nos llevan a la última...

DAMIÁN.— Bueno, aunque así sea. Hemos nacido para luchar ¿no? para vencer los obstáculos...

AVELINO.— Si crees eso, para qué vamos a discutir... No estoy de acuerdo contigo... (*Un silencio.*) Es igual. Quién sabe si eres tú quien tiene razón. De todas formas a mí no me van esas ideas... Tengo las mías.

DAMIÁN.— ¡Y qué ideas! (*Un silencio.*) ¿Me convidas a otro trago?

AVELINO.— (*Sirve y beben en silencio.*) Dentro de un rato vendrá mi nueva alumna. Te la presentaré. Es muy joven, debe tener unos 18 o 20 años...

DAMIÁN.— ¡Veinte años! ¡Estupendo! (*Un silencio.*) Escucha... se oyen pasos en la escalera, ¿será ella?

AVELINO.— (*Firmemente.*) No.

DAMIÁN.— Y tú, ¿cómo lo sabes?

AVELINO.— Eso se sabe siempre.

ENGRACIA.— (*Es la portera. Una mujer de unos cuarenta y tantos años de ademán rudo. Trae un paquete que deja sobre la mesa.*) Muy buenas, señorito... y compañía. Aquí le dejo las pescadillas... ¡A ver si se le va el santo al cielo y se las vuelve a comer ese gato!

AVELINO.— Mujer, sería mala suerte...

ENGRACIA.— Llámelo como quiera; pero no se deje robar por ese bicho hipócrita. ¡Sí que se alimenta usted como para permitirse esos lujos! Hasta mañana.

(*Sale.*)

AVELINO.— (*Risueño.*) No soporta los gatos... Es más bruta...

DAMIÁN.— Un mal muy extendido.

AVELINO.— Sí señor. Y me alegra que lo digas tú, mi amigo comerciante...

Yo jamás me contagiare de tus cosas, pero me agrada ver que tú...

DAMIÁN.— (*Molesto.*) Bueno, dejemos eso... son cosas íntimas que no se deben sacar a relucir... Hablábamos del gato y te decía que... ¡Ah, sí! No soy enemigo de ellos.

AVELINO.— Es chocante, siendo como eres.

DAMIÁN.— No he sido toda la vida comerciante. Me gustan los animales... De pequeño tuve un gato. Se llamaba Elías. Y el tuyo ¿cómo se llama?

AVELINO.— Tartufo.

DAMIÁN.— ¿Eh?

AVELINO.— (*Silabeando.*) Tar... tu... fo.

DAMIÁN.— Ah, Tartufo... Tartufo... eso me suena.

AVELINO.— Probablemente. Es un nombre corrientísimo. Si vieras qué cara de inocente pone después de hacerme alguna fechoría... ¡Ahí está!

(*AVELINO se pone de pie, sobresaltado.*)

DAMIÁN.— (*Con extrañeza.*) ¿Quién?

AVELINO.— ¡Ella, mi alumna!

DAMIÁN.— (*Prestando atención.*) No oigo nada. ¿Cómo lo sabes?

AVELINO.— Eso se sabe siempre.

DAMIÁN.— ¿Dijiste que se llamaba...?

AVELINO.— Ya salió el comerciante. No lo dije. Es joven, hombre, es joven.

DAMIÁN.— (*Turbado.*) En ese caso... Perdona, chico.

Avelino.— (*Golpeando la espalda.*) No te preocupes, ya sé tu forma de ser... Te lo digo, porque me gustaría que fueras más parecido a mí... porque eres mi amigo...

(Se abre la puerta y entra SUSI, vestida con un abrigo muy elegante, zapatos de tacón alto y un lujoso bolso, del que sacará un block de apuntes.)

Buenas tardes señorita.

SUSI.— Hola, buenas tardes. ¡Uf, qué calor hace!

AVELINO.— Quizás lo haga. Yo no lo noto. Damián y yo estábamos hablando y hemos perdido la noción de la temperatura. (*Señalándole.*) Es mi amigo comerciante; pero bueno, bueno de verdad. Damián, esta joven es mi alumna.

DAMIÁN.— Encantado, señorita.

SUSI.— Yo también, bueno, a mí es que me encanta todo esto... la casa, el profesor, todo, todo. (*Mirando a AVELINO.*) Además dice unas cosas preciosas... Sabe de todo, es inteligentísimo y vive aquí. ¡Qué calor! (*Se quita el abrigo y queda con un vestido gris muy elegante.*) Ahora está mejor. Don Avelino ¿vamos a dar clase hoy?

AVELINO.— ¿Por qué no?

SUSI.— Como estaba este amigo suyo...

DAMIÁN.— Ya me iba.

AVELINO.— ¿Qué prisas tienes?

DAMIÁN.— (*Suspirando.*) El negocio, la caja, la rutina.

AVELINO.— En ese caso no te digo nada.

DAMIÁN.— Adiós, señorita, encantado. Mi amigo me había hablado de usted. Tenía mucha razón. (*A AVELINO dándole un golpe.*) Sí, es joven. Enhorabuena.

SUSI.— Adiós, señor. (*DAMIÁN sale después de darle la mano.*) ¿Por qué dijo que se iba?

AVELINO.— Tenía que irse.

SUSI.— ¡Qué cosas dice usted!

AVELINO.— Nada extraordinario.

SUSI.— Sí, sí que lo es. No sabría decir por qué, pero lo es. Debe ser la forma que tiene de decir las cosas. Tan distintas.

AVELINO.— Es que ya no soy un muchacho.

SUSI.— Puede... Y además vive usted aquí, en esta buhardilla donde se siente una extraña sensación de bienestar. Da gusto mirar los tejados sucios de ahí enfrente y la ropa tendida en la ventana y los tiestos, los gatos, todo, todo. Esto es encantador. No sabe lo que tiene aquí. Creo que vendré todos los días un rato aunque ya no me dé clase.

AVELINO.— (*Que está echando un tronco en el chubesqui, visiblemente turbado.*) Ahora vamos a dar la clase. Sobre la mesa tiene los libros que la prometí ayer.

SUSI.— (*Mirándolos.*) ¿Y el de Historia de los Incas?

AVELINO.— (*Haciendo un gesto de contrariedad.*) Le he tenido en la mano y no me acordé de sacarlo. Precisamente ése, un libro que resulta casi fantástico. Muy a su gusto. Pero ahora mismo se lo doy.

(Se va hacia la cama, adopta la misma grotesca postura del principio del acto y empieza a revolver de nuevo los libros. Entretanto, SUSI se ha levantado de la silla y mira todo con una mirada de satisfacción haciendo, de vez en cuando, extrañas cabriolas mientras tararea “Marea baja”.)

SUSI.— ¿Qué es de Tartufo, don Avelino?

AVELINO.— (*Sin dejar de buscar.*) Supongo que estará bien. Se pasa el día vagabundeando por ahí. Sólo viene a verme cuando tiene hambre.

SUSI.— Son muy ariscos los gatos, pero tienen algo atractivo. Me encantan. Son tan señoriales en sus maneras... Cuando se ponen zalameros y res-triegan el lomo...

AVELINO.— ¿Zalameros...? Eso es lo malo... Y usted... Me resulta raro oír-la hablar bien de los gatos...

SUSI.— ¿Por qué?

AVELINO.— En las familias acomodadas no es corriente tener simpatía a otros animales que los que suponen ostentación. Y usted pertenece a una familia adinerada... Tiene coche...

SUSI.— (*Vivamente.*) El dinero y el coche son de mi padre. Desde luego que a él le fastidian los gatos... Los gatos y todos los animales... Incluso muchas personas. Pero él es él y yo...

AVELINO.— Usted ¿cómo es? Me parece que debe ser muy caprichosa, ¿eh?

SUSI.— Regular.

AVELINO.— (*Dándole el libro.*) Aquí está el libro. Y dígame, ¿cómo es el carácter de su padre?

SUSI.— ¡Puf! Es un cascarrabias. Se levanta y empieza a gritar por teléfono a los agentes de la Bolsa, y ya no para de chillar hasta que se acuesta. Chilla siempre, por lo que sea, pero chilla. Yo creo que está fastidiado todo el santo día.

AVELINO.— No me extraña. Esa vida debe ser espantosa. Yo recuerdo a mi padre vagamente. Era ingeniero. Trabajaba mucho. Quería que yo también fuera ingeniero... Trataba de cegarme hablándome de ganancias fabulosas. ¡El dinero! Estudié Historia. Y a propósito de Historia, ya va siendo hora de empezar nuestra clase. Vamos a ver, ¿dónde quedamos el último día?

SUSI.— Yo no quiero dar hoy clase. Me apetece estar así como estamos, hablando de cosas... Cuéntame usted algo de su vida... ¿Por qué no estudió ingeniero?

AVELINO.— Porque hubiera vivido siempre como un traidor a mi destino, porque... (*Transición.*) Dejémonos de confidencias, señorita. Usted tiene que estudiar para no defraudar a su padre, para tener una cultura adecuada a su condición, para casarse con un caballero como es debido. Y yo... he de ganarme el precio de la clase.

SUSI.— Es que mi padre no tiene por qué enterarse.

AVELINO.— Pero yo sí.

SUSI.— (*Zalamera.*) No quiero dar hoy clase, don Avelino, no me gusta aprender las cosas en plan de colegio... Ni ser su alumna, ni casarme con un caballero como mi padre; eso es feo, horrible, deseo todo lo contrario.

(*Va a la silla donde dejó el abrigo y empieza a ponérselo.*)

AVELINO.— Es usted demasiado caprichosa, una alumna muy traviesa.

SUSI.— Sí, sí muy traviesa. *(Empieza a tararear la melodía. Coge el bolso, se acerca a AVELINO y le besa. Parada delante de él, le hace un gesto con el dedo índice.)* Soy muy traviesa y no quiero dar hoy clase. *(Inicia el mutis, pero se da cuenta de que no ha cogido los libros y va a la mesa, los toma, los sopesa y vuelve a dejarlos.)* Cuidado que resultan pesados estos libros ¿verdad? A mí sólo me gusta aprenderlos cuando me los explica usted de viva voz. Es mucho más bonito ¿no le parece?

(Por segunda vez se acerca a AVELINO y vuelve a besarle. Luego empieza a cantar y se aleja, andando de espaldas, con la vista fijada en él, que la ve marcharse absorto, sin perder uno solo de sus movimientos. Por fin, SUSI hace mutis después de una graciosa reverencia. AVELINO está alelado ante el comportamiento de la muchacha. Parece como si le hubieran clavado al suelo. Instantes después suenan nueve campanadas diáfanas y bonitas. AVELINO saca su reloj de bolsillo. Lo mira, va al aparador, saca dos platos pequeños; en uno pone una pescadilla, de las que trajo la portera, y en el otro vierte un poco de leche de la cacerola. Mientras hace esto silba inconscientemente la melodía «Marea baja». Por último, con los dos platos en las manos llega a la ventana, la abre, pone los platos en el alféizar y se queda un momento tratando de penetrar con su vista la visible oscuridad del tejado.)

Bsss... Bsss... Bsss... Bsss... Tartufo... Tartufo, Bsss... Bsss. Tartufo.

(Telón.)

SEGUNDO MOMENTO

La misma decoración. Al alzarse el telón la escena está vacía. Un breve silencio. Entran ENGRACIA y el CABALLERO. Este es un viejo esquelético y de cara avinagrada que viste de negro, completamente de negro, con macferlán y chistera. También lleva un fino bastón.

CABALLERO.— Y ¿vive aquí?

ENGRACIA.— Aquí vive.

CABALLERO.— ¡Qué inmundicia! Hay hasta telarañas.

ENGRACIA.— Este no es un barrio de señoritos. ¿No se habrá equivocado usted?

CABALLERO.— Portera, sé dónde vengo.

ENGRACIA.— ¡Pues cualquiera lo diría!

CABALLERO.— ¡Qué porquería! Estas telarañas...

ENGRACIA.— ¡Y dale! ¿Por qué no se quita las de su chaleco?

CABALLERO.— Yo soy muy limpio... soy un caballero...

ENGRACIA.— Me río yo de los caballeros.

CABALLERO.— ¡Bah! Es inútil hablar con gente como usted. No entendería nada, nada...

ENGRACIA.— Lo mismo digo.

CABALLERO.— ¡Basta ya! No acostumbro a hablar con porteras.

ENGRACIA.— Me alegro por el gremio. Don Avelino no tardará mucho. Yo me bajo, que tengo la portería sola. *(Pasa el delantal por una silla para quitarle el polvo.)* Aquí se puede sentar.

(Hace un gesto despectivo y sale.)

(El CABALLERO empieza a husmear de espaldas a la puerta y después de tomar un libro del vasar estantería se sienta y empieza a ojearlo con desgana. A continuación entra DAMIÁN que no repara en el visitante hasta que se sienta en el sillón de enfrente y se cruzan sus miradas.)

DAMIÁN.— Buenas tardes.

CABALLERO.— Buenas tardes. ¿No le extraña verme aquí?

DAMIÁN.— No, estoy acostumbrado a ver cosas raras.

CABALLERO.— (*Entre dientes.*) Insolente. (*Carraspea.*) He venido a esta mugrienta casa suya...

DAMIÁN.— Pare usted la jaca, amigo. Ni esta casa es mía ni creo que sea mugrienta.

CABALLERO.— Conque no, ¿eh? (*Pasando un dedo por la mesa.*) Y esto, ¿qué es? ¡Polvo, polvo! Mire, mire...

(*Le acerca el dedo a la nariz.*)

DAMIÁN.— Y qué me dice con eso... El polvo es lo más natural del mundo; tan natural como el aire.

CABALLERO.— ¿Ah sí? ¿Y esas telarañas? ¿Qué dice de ellas? Son el colmo de la suciedad.

DAMIÁN.— Es posible que sean el colmo de abandono, pero nada más. Si me hubiera dicho usted eso hace unos años, cuando no conocía a Avelino, a lo mejor hubiera dado por buenas sus palabras... pero conociendo a Avelino, sabiendo cómo es, no puedo pensar que haya nada sucio en su casa... Él es buena persona y si a él no le importan nadie tiene derecho a meterse en sus cosas íntimas.

CABALLERO.— Mucho le defiende usted...

DAMIÁN.— Le defiende porque es mi amigo, porque es un hombre admirable hasta cierto punto, al cual me gustaría parecerme en muchas cosas...

CABALLERO.— Y usted ¿quién es?

DAMIÁN.— Damián, el comerciante. Según dice Avelino, su mejor amigo... Yo creo que su único amigo, aparte un gato...

CABALLERO.— Y una señorita de buena familia a la que está tratando de seducir...

DAMIÁN.— Ja, ja, ja... (*Ríe desafortadamente.*) ¿No será usted por casualidad banquero?

CABALLERO.— En efecto, lo soy, y no precisamente por casualidad. (*Un silencio embarazoso.*) De esta casa, de ese profesor y de todo lo que le rodea, tengo muy desgraciadas referencias...

DAMIÁN.— ¿Y siendo banquero se fía de las simples referencias? Yo sólo soy comerciante y no caigo en tal estupidez...

CABALLERO.— Estas referencias son muy otras.

DAMIÁN.— ¿No será lo diferente el negocio?

CABALLERO.— (*Tajante.*) Me molestan las discusiones bizantinas.

(*Un silencio.*)

DAMIÁN.— El dueño de esta casa es muy buena persona.

CABALLERO.— Y cobra un dineral por una ridícula clase de Historia.

DAMIÁN.— Y qué. El enseña bien, porque sabe mucho... Estamos en su casa y no le tolero a nadie que diga majaderías.

CABALLERO.— (*Blandiendo el bastón y dando golpes con él sobre el suelo.*) Su insolencia es imperdonable. Si a mí me parece caro el precio de la clase, lo es. Soy banquero.

DAMIÁN.— Y yo comerciante. (*Largo silencio.*) ¿A qué hora le citó mi amigo?

CABALLERO.— A ninguna, necesitaba hablarle y he venido.

DAMIÁN.— ¿Sin anunciarse?

CABALLERO.— ¿Acaso es un rey?

DAMIÁN.— ¿Recibe usted a quien no se anuncia previamente?

CABALLERO.— (*Golpeando de nuevo con el bastón.*) ¡Porra! Soy banquero. ¿Cuántas veces he de decirlo?

DAMIÁN.— (*Rascándose la barbilla.*) Caray, caray, un banquero... un banquero... (*Le mide con la mirada. El CABALLERO pasea y se sienta DAMIÁN en un sillón. DAMIÁN mira el reloj.*) Está al caer. Siempre es muy puntual. Me citó a las seis.

CABALLERO.— ¡Son las seis y diez!

DAMIÁN.— No son las seis todavía.

CABALLERO.— (*Mostrando su reloj.*) Este cronómetro es de la mejor marca; lo compruebo diariamente con la hora oficial y siempre ha marchado en punto.

DAMIÁN.— A este barrio no llega la hora oficial. Aquí nos guiamos por el reloj de la parroquia que suena muy bien, tiene unas campanadas preciosas... (*Empiezan a sonar seis campanadas.*) ¿Lo oye?

(*Cuando suena la quinta entra AVELINO en escena.*)

AVELINO.— ¡Damián! ¿Qué es de tu vida?

DAMIÁN.— ¿Estás contento...?

AVELINO.— Sí, lo estoy, aunque en realidad no tengo motivo para estarlo ni para no estarlo... (*Repara en el CABALLERO.*) Caballero... (*Breve inclinación. A DAMIÁN.*) ¿El señor viene contigo?

DAMIÁN.— No, no.

CABALLERO.— (*Poniéndose en pie.*) Soy el padre de la alumna que le paga doscientas cincuenta al mes.

AVELINO.— Ah, el padre de...

CABALLERO.— De Susi.

AVELINO.— Encantado, señor; pero por favor, siéntese. (*Adoptando un aire muy docto.*) Su hija es una muchacha encantadora, si bien en cuanto a los estudios, he de decirle que es muy poco estudiosa. Últimamente...

CABALLERO.— Déjese de pamplinas. Tengo que hablar con usted. Reservadamente.

AVELINO.— Cuando guste. Damián, siéntate aquí, a mi lado.

(*DAMIÁN se sienta donde le indicó AVELINO pero al ver que el CABALLERO permanece en pie se levanta, sacude el polvo de la misma silla que limpió la portera y vuelve a sentarse.*)

DAMIÁN.— Ahora se puede sentar.

CABALLERO.— (*A AVELINO.*) He dicho que quiero hablar reservadamente con usted.

AVELINO.— ¿Y a qué espera?

CABALLERO.— Su amigo...

AVELINO.— ¡Ah, mi amigo! No se preocupe. Damián es como yo mismo. Es ese buen amigo que todos deseamos tener. ¿Verdad?

DAMIÁN.— Sí, sí, claro... claro que lo soy.

CABALLERO.— Bien. (*Carraspea.*) Ninguno de los tres ignoramos que mi hija pertenece a una esfera social diferente de ésta.

(*Señala el cuarto.*)

DAMIÁN.— ¿Y qué?

AVELINO.— (*Interesado.*) Continúe.

CABALLERO.— No estoy dispuesto a tolerar su juego, señor mío. Si usted con ese aspecto de aberrado mental piensa engañar a una mujer rica para hacer su agosto, búsquese una desvalida que no tenga un padre enérgico.

AVELINO.— ¿Qué está usted diciendo?

CABALLERO.— Lo que le digo, ni más ni menos. Si tratan ustedes dos de estar a una mujer, engañándola y haciendo creer que esto es un paraíso en lugar de una cueva de bandidos...

(DAMIÁN *se levanta furioso*. AVELINO *le obliga a sentarse*.)

AVELINO.— Siéntate, Damián, no le hagas caso. Hay cosas que ni se pueden tomar en cuenta.

CABALLERO.— ¡Escúcheme! Vengo dispuesto a pedir esa boda.

AVELINO.— ¿Qué boda?

CABALLERO.— ¡Granuja! ¿Quiere más explicaciones? Me opongo a que mi hija se case con usted...

AVELINO.— Aquí debe haber un error.

CABALLERO.— ¡Qué error ni qué niño muerto! Bien claro me lo ha dicho ella. “Papá, me quiero casar con mi profesor de Historia.” Y luego me ha contado un cuento de que era usted muy tímido y que no se atrevía a decirle que la quería. Es vergonzoso ese comportamiento. Debía estar penado engañar a una muchacha.

AVELINO.— (A DAMIÁN, *entusiasmado*.) Es valiente ¿eh?

CABALLERO.— Déjese de tonterías, hablemos con seriedad.

AVELINO.— Perfectamente, hablemos con seriedad.

CABALLERO.— Mi familia, de rancia aristocracia, nuestra sociedad, nuestro mundo, no pueden verse humillados por esta boda ridícula.

DAMIÁN.— Habíamos quedado en que quería hablar en serio.

CABALLERO.— Debemos un respeto a nuestro mundo...

AVELINO.— (*Envalentonado*.) También a mí me debe un respeto, señor mío, cosa que parece haber olvidado. Realmente, me asombra que un caballero de tan arraigada delicadeza social, venga a mi casa a decirme tantas inconveniencias seguidas. ¿O es que acaso para usted las únicas personas que merecen ser tratadas con delicadeza son las de su mundo?

CABALLERO.— *(Tratando, sin conseguirlo, de dulcificar su expresión.)* Claro está que yo respeto a todo el mundo, soy un caballero, pero es que este caso es muy particular. Se trata de que mi hija quiere casarse con usted, un... un... ¡un bohemio! ¡Es para volverse locos! Crié a mi hija para que viviera una vida agradable y ahora usted, sirviéndose de un astucia muy poco noble, quiere traerla a vivir a este chamizo... ¡No puedo consentir esa boda!

(Entra la portera sin decir nada; cruza la escena hasta llegar al fogón, coge la cacerola y sale. Hay un silencio.)

¿Cuánto necesita?

AVELINO.— Cuánto ¿qué?

CABALLERO.— Dinero.

AVELINO.— Nada.

CABALLERO.— ¡Hipócrita!

AVELINO.— ¿Quiere comportarse?

CABALLERO.— Sí, sí, sí, sí. *(Está como enloquecido. Empieza a sacar fajos de billetes de los bolsillos y los va arrojando sobre la mesa.)* Tenga, tenga, tenga. ¡No necesita casarse con mi hija para hacerse rico! ¿Tiene bastante? ¿Quiere más? *(Saca otro fajo.)* Ande, cójalos, cójalos...

(AVELINO y DAMIÁN se miran y empiezan a reírse hasta congestionarse. Se acercan al caballero, recogen de la mesa el dinero y, como si se tratara de una extraña danza, empiezan a meterle los fajos en los bolsillos, en la chistera y por último en la boca. Sólo queda un billete que AVELINO coge y va a romper pero DAMIÁN se lo quita de las manos, lo alisa con suavidad y se lo pone en la mano al CABALLERO. En la puerta aparece el HOMBRE de las telarañas.)

HOMBRE.— Buenas tarde, señores, ¿interrumpo?

DAMIÁN.— ¡Qué va, hombre!

AVELINO.— Aquí no molesta nadie... Ni este señor... ¿Qué le trae por aquí?

HOMBRE.— Soy el hombre que limpia las telarañas... Supuse que tendría alguna y he subido por si quiere que las quite. Está todo muy difícil... No hay más remedio que trabajar...

AVELINO.— Sí señor, tiene razón... Hay que trabajar... ¿Usted tiene mucha prisa?

HOMBRE.— No señor... Estoy acostumbrado a esperar...

AVELINO.— Tengo que terminar un asunto... En seguida le atiendo. (*Encarándose con el CABALLERO.*) Hablábamos de su hija.

CABALLERO.— Ya termino. Sólo me resta decirle que la he desheredado.

AVELINO.— Y ella ¿qué opina?

CABALLERO.— Sigue en sus trece.

AVELINO.— ¡Magnífico! ¿Has oído Damián?

DAMIÁN.— (*Mirando el dinero que está ordenando sobre la mesa el CABALLERO.*) Piénsalo bien, Avelino. Creo que debo advertirte... Aquí tienes la solución de tu vida...

(*Señala el dinero.*)

AVELINO.— ¿Qué solución?

DAMIÁN.— Tu liberación económica. El matrimonio, al fin y al cabo...

AVELINO.— (*Sorprendido, desagradablemente sorprendido.*) Pero Damián ¿qué estás diciendo?

DAMIÁN.— Simplemente, que... que debes considerar la oferta de este señor.

AVELINO.— (*Con soberbia.*) ¡Damián!

DAMIÁN.— (*Dando marcha atrás a su pensamiento.*) Perdona, chico, no quise ofenderte, es mi manera de ser, es el otro Damián...

AVELINO.— (*Visiblemente disgustado.*) No tiene importancia. (*Se empieza a oír la melodía "Marea baja".*) ¡Ahí viene!

CABALLERO.— (*Guardándose los billetes.*) ¿Quién viene?

AVELINO.— Su hija. (*AVELINO duda un momento. Al HOMBRE.*) Me perdonará un momento, en seguida estoy con usted.

HOMBRE.— No tengo prisa.

(*AVELINO va hacia la puerta y entra SUSI.*)

SUSI.— (*Yendo hacia él.*) Cuánta gente hay aquí, ¿qué pasa? (*Abraza a AVELINO y luego da la mano a DAMIÁN. Por fin llega frente al CABALLERO y se*

detiene.) Papá ¿verdad que es maravilloso? Fíjate qué buhardilla, qué amigo, qué telarañas... Fíjate en él, papá. Mira qué cara de inteligente.

AVELINO.— Susi, es tu padre...

CABALLERO.— Hija mía, eres lo más estúpido del mundo. Te has dejado engañar por este... hombre... Es vergonzoso, sí. Me avergüenzo de ser tu padre.

SUSI.— No hables así, papá. Podría yo avergonzarme de ti. ¿No comprendes que él...?

CABALLERO.— No quiero comprender nada. Todo es absurdo.

HOMBRE.— *(Que después de andar husmeando por el cuarto se ha parado frente al cuadro de la señora.)* ¿Quién es esta señora del cuadro?

AVELINO.— Mi madre, es mi madre. *(Un silencio. Todos miran el cuadro. Él se acerca y habla, dirigiéndose a el HOMBRE.)* A Damián ya le conoce. *(Por el HOMBRE de la telarañas.)* Este señor es un hombre muy trabajador, que viene a limpiar el cuarto. ¿No te recuerda, por su aspecto de buena persona, a don Froilán, aquel administrador que tuvo papá en la finca? *(Por el CABALLERO.)* A este otro caballero... seguramente le has identificado con el marqués del Venego, aquel discípulo de tu hermano que hablaba de todas las personas como si se tratara de lacayos suyos. ¿Acerté? Ya le has oído. Está muy molesto porque su amistad no van a entusiasmarse con la boda de su hija. Es banquero, se le nota ¿eh?

(Le mira un momento con cierta ironía y vuelve a mirar el cuadro.)

HOMBRE.— *(Acercándose al CABALLERO.)* ¿Es usted banquero?

CABALLERO.— Sí

HOMBRE.— Pues a propósito... Quisiera hacerle una pregunta...

CABALLERO.— ¡Déjeme en paz! He venido a tratar un asunto muy importante.

HOMBRE.— Le advierto que la próxima devaluación que sufra el peso mejicano tampoco va a ser una fruslería...

CABALLERO.— ¿Cómo? Explíquese. ¿Es eso cierto?

HOMBRE.— Ya lo creo, amigo mío. Por lo visto, el gobierno, en vista de las relaciones con los americanos, que comercialmente, se van tensando

más cada vez, ha decidido provocar una nueva devaluación con objeto de que...

CABALLERO.— Pero si es cierto, será una monstruosidad financiera... Imagínese que yo poseo dinero mejicano en cantidades respetables y...

HOMBRE.— Tiene usted una solución...

CABALLERO.— ¿Cuál?

HOMBRE.— Verá...

CABALLERO.— Venga, venga aquí, cuénteme...

(Está interesadísimo. Quedan hablando aparte.)

(SUSI se ha acercado a AVELINO y está cogida de su brazo contemplando también el cuadro. DAMIÁN, que se había asomado a la ventana, se dirige a ellos.)

DAMIÁN.— Me bajo a cerrar, a hacer la caja, es la hora. *(AVELINO y SUSI le miran. Él antes de salir se queda mirando a la chica fijamente y desde la puerta grita a AVELINO.)* Quizás hayas acertado al elegirla a ella... Pero ten en cuenta que necesitas dinero, Avelino. Ella es como un lujo al que hay que atender...

SUSI.— ¡Qué bobada!

DAMIÁN.— No lo creas.

(Sale.)

AVELINO.— Damián me desconcierta.

SUSI.— Es que tratas de ver en las personas más cosas de las que tienen.

AVELINO.— Simplemente trato de ver por dentro a las personas.

(Quedan un momento mirándose fijamente.)

CABALLERO.— Pero eso yo no puedo hacerlo, porque con el actual sistema de préstamos...

HOMBRE.— ¿Qué me va a decir de eso, amigo mío? He conocido el caso muy de cerca... *(Repara en la pareja tan amartelada.)* Pero ¿no le parece que charlaríamos mejor en otro sitio? En su despacho, por ejemplo...

CABALLERO.— Yo tenía que dejar resuelto este asunto...

HOMBRE.— En ese caso...

CABALLERO.— No, no deseo hablar con usted. Esto puede esperar.

HOMBRE.— ¿Y si se casan?

CABALLERO.— ¡Peor para ellos!

HOMBRE.— ¿Y sus amistades?

CABALLERO.— Yo siempre tengo la salida de fingirme padre ofendido.

HOMBRE.— ¡Magnífico!

CABALLERO.— ¿Vamos?

HOMBRE.— Cuando quiera.

(Inician el mutis: EL CABALLERO le coge del brazo al HOMBRE.)

CABALLERO.— Y usted ¿cómo entiende tanto de finanzas?

HOMBRE.— ¡Oh, eso sería muy largo de explicar! Yo soy lo que se llama un tipo raro. *(Han llegado a la puerta, se detiene e invita a pasar al CABALLERO. Cuando ya ha salido inicia él la salida, pero antes se vuelve a la pareja y dice, quitándose la chistera.)* Hasta la vista, señor, permíteme, tengo que hacer. Ya vendré otro día.

(Sale.)

SUSI.— Nos han dejado solos. *(Él asiente. Está triste.)* ¿Qué te pasa?

AVELINO.— Nada.

SUSI.— ¿De verdad?

AVELINO.— De verdad.

SUSI.— Te encuentro triste...

AVELINO.— Quizá lo esté.

SUSI.— ¿Por qué?

AVELINO.— Tengo miedo.

SUSI.— ¿A qué?

AVELINO.— Al desenlace.

SUSI.— ¿De lo nuestro?

AVELINO.— Sí.

SUSI.— Lo nuestro no puede acabarse... A menos que tú...

AVELINO.— Por mí no. Yo voy a seguir en mi mundo... Pero todo se acaba...

A veces son las circunstancias, ¿sabes?

SUSI.— Bueno, pero eso es ir demasiado lejos. Lo más importante es que de momento estamos contentos. Yo sabía que tú no darías un solo paso, y por eso hablé con mi padre...

AVELINO.— No has debido hacerlo.

SUSI.— ¿Por qué?

AVELINO.— Debíamos haber seguido así, como estábamos.

SUSI.— Yo no podía.

AVELINO.— Tú también podías. A veces es mejor quedarse sin las cosas, taparse los ojos, guardarse la manos para no poseerlas.

SUSI.— No pienses eso.

AVELINO.— Ojalá pudiera no pensar.

SUSI.— Yo no lo pienso.

AVELINO.— Afortunadamente para ti.

SUSI.— Vamos, no te pongas así.

AVELINO.— Tienes razón. *(Trata de sonreír.)* A veces soy demasiado pesimista. Veo todo tan oscuro...

SUSI.— Pareces un viejo.

AVELINO.— Lo soy.

SUSI.— Tonto.

(Le besa.)

(Entra LUCIANA. Es de parecida figura y aproximada edad y condición que SUSI, pero hay algo antipático en ella.)

LUCIANA.— ¿Estorbo?

SUSI.— ¡Hola Luci! *(Señalando a AVELINO.)* ¡Es él!

LUCIANA.— Exacto. Tal como dijiste... Quizás un poco más viejo. O... más triste... ¡No sé!

SUSI.— *(A AVELINO.)* Es Luciana.

AVELINO.— Mucho gusto.

(La da la mano)

SUSI.— Nos casamos, por fin. Mi padre está enfadado, pero ya se le pasará.

LUCIANA.— ¿Y dónde vais a vivir?

AVELINO.— En esta casa.

LUCIANA.— No está mal... un poco pequeña ¿no?

SUSI.— Qué va, no lo creas, es enorme. Mira. *(La lleva del brazo hasta la ventana y la muestra el horizonte.)* Es mayor que las demás.

LUCIANA.— Así sí, claro. *(Volviéndose.)* Uf, estas telarañas...

SUSI.— ¿Verdad que son preciosas?

LUCIANA.— ¡Mujer! Yo creo que no. Dan un aspecto raro...

AVELINO.— Es posible, pero la casa es así.

LUCIANA.— Ay, hijos, si os gustan a vosotros, a mí me da igual. *(Encarándose con AVELINO.)* Tenía razón Susi. Eres un hombre muy interesante. Pero eres demasiado serio.

AVELINO.— Es lo mejor que se puede ser.

LUCIANA.— ¡Quién sabe! *(A SUSI.)* ¿Cuándo es la boda?

AVELINO.— Dentro de unos quince días.

SUSI.— ¿Sí?

(Él asiente.)

LUCIANA.— ¿Dónde?

AVELINO.— Ya veremos...

SUSI.— En un sitio pequeño, donde no quepa gente. Oye, Luci, ¿qué me vas a regalar?

LUCIANA.— Chica, no lo había pensado. Dime tú que te gustaría.

SUSI.— Pues... *(Piensa un momento. Mira la ventana.)* Sí, un tiesto, un tiesto grande con muchas flores para ponerlo en la ventana y que lo vea Tartufo cuando venga a comer y nosotros siempre, siempre.

LUCIANA.— Pues te lo regalaré. A lo mejor se anima tu novio.

AVELINO.— No lo creo.

LUCIANA.— Qué contestaciones más parcas... Bueno, ya me voy. Vine porque te lo había prometido.

SUSI.— Quédate un poco más.

LUCIANA.— Tengo que ir a cine.

AVELINO.— No la entretengas, Susi.

SUSI.— Quédate mujer.

LUCIANA.— De buena gana, pero de verdad, tengo que ir al cine.

SUSI.— ¿Para qué?

LUCIANA.— No se me ha ocurrido pensarlo. Lo siento. Ya volveré otro día.
Adiós y enhorabuena.

(Sale precipitadamente y tropieza con DAMIÁN que entra. Se aparta para dejarla pasar y luego se queda mirándola.)

SUSI.— *(A DAMIÁN.)* Es mi amiga Luciana.

DAMIÁN.— Muy bonita.

SUSI.— Me va a regalar un tiesto.

DAMIÁN.— ¿Por qué?

AVELINO.— A Susi le agrada.

DAMIÁN.— *(A Susi.)* ¿Y qué te agradecería que os regalara yo?

SUSI.— *(Dudando.)* No sé

AVELINO.— Lo dejamos a tu elección.

DAMIÁN.— Yo había pensado en una cama de matrimonio. No es un regalo muy... Vamos. Que por mí no os la regalaba, pero tú tendrás que gastar bastante...

SUSI.— Eso, eso, una cama de matrimonio, una cama de matrimonio con la colcha de cretona.

DAMIÁN.— Bien, os la regalo. La mejor que haya en la tienda. *(Con aire sombrío.)* Que seáis muy felices.

SUSI.— *(Suspirando.)* Por nosotros no quedará ¿verdad, profesor? *(Un silencio.)* Mi madre está muy disgustada... ¿No te importa quedarte con Damián? Tengo que irme... Ya es tarde... aún no estoy en “mi” casa...

AVELINO.— Haz lo que te parezca...

SUSI.— ¿Te enfadas?

AVELINO.— No.

SUSI.— Entonces, hasta mañana.

AVELINO.— Hasta mañana...

DAMIÁN.— Adiós. *(Se dan la mano y sale SUSI. Al salir hace un gesto cariñoso a AVELINO en señal de despedida.)* Vaya suerte la tuya ¡Cómo te quiere!

AVELINO.— *(Está mirando la ventana con aire distraído.)* ¿Suerte? No. Esto va a ser peor.

DAMIÁN.— ¿Por qué?

AVELINO.— Está acostumbrada a muchas cosas que dentro de unos días ya no tendrá. Fatalmente, después de algún tiempo volverá a recordar con nostalgia el coche de su padre, su pequeña y sin duda confortable habitación de soltera. Cierto que aquí se vive bastante alejado de todas esas necesidades, que no llegan los ruidos de los automóviles aquí arriba, pero... (*Triste.*) La nostalgia llega a todas partes.

DAMIÁN.— Ella está entusiasmada.

AVELINO.— La novedad... es caprichosa.

DAMIÁN.— Bien, pero cuanto más lejos viváis de todas esas cosas que tiene ahora, menos las recordará.

AVELINO.— O más, ¿quién sabe? La lógica falla siempre con las mujeres, pero... (*Pensativo.*) algún día deseará ver el techo de una alcoba limpia.

DAMIÁN.— ¿Limpia?

AVELINO.— Ya me entiendes.

DAMIÁN.— Si tienes esa idea, debes abandonar el asunto.

AVELINO.— (*Encogiéndose de hombros.*) No. Al fin y al cabo será lo que tenga que ser. Para qué voy a esforzarme por corregir lo que yo no puedo corregir, lo que no tiene enmienda.

DAMIÁN.— Todo tiene enmienda. Sólo es preciso proponerse las cosas. El que quiere ser médico, es médico.

AVELINO.— Hombre, no, Damián. ¿Tú sabes de algún accidentado que deseara serlo?

DAMIÁN.— Es diferente. Si el accidentado hubiera previsto...

AVELINO.— Aunque hubiera previsto, aunque hubiera previsto.

DAMIÁN.— Eso es sacar las cosas de sus límites. Aquí de lo que se trata es de que, según piensas, vas a casarte sin deber...

AVELINO.— Exactamente.

DAMIÁN.— No lo entiendo.

AVELINO.— La gente también hace cosas que no debe y por regla general son las más agradables.

DAMIÁN.— Sigo sin entenderte.

AVELINO.— Es lógico.

DAMIÁN.— Qué lógico ni qué gaitas. No estás bien de la cabeza. ¿Has pensado en esa chica?

AVELINO.— Mucho, demasiado.

DAMIÁN.— ¿Has pensado que va a vivir una vida miserable en esta casa?

AVELINO.— Sí. A ella le agrada.

DAMIÁN.— ¿Has pensado que con lo que ganas...?

AVELINO.— ¡Sí, sí, lo he pensado todo, Damián! Pero he decidido dejarme llevar por las circunstancias

DAMIÁN.— Es eso lo corriente en ti. Eres un egoísta.

AVELINO.— No más que todo el mundo.

DAMIÁN.— En tus manos está evitar que sea una desgraciada. Si le contagias tu amargura, tu pesimismo, sufrirá mucho... Y no se merece, es joven, bonita... Es alegre...

AVELINO.— A veces la alegría es un mal producto.

DAMIÁN.— Quiá. Es hermosa.

AVELINO.— No, no es buena. Es una manifiesta inconsciencia. Ciega, tapa más que estas telarañas. Estas telarañas puede que parezcan sucias, pero su presencia me hace sentirme exactamente situado en mi puesto social.

DAMIÁN.— Pero tienes otras, peores, las que llevas dentro, las que no se ven.

AVELINO.— Esas las quita siempre el tiempo.

DAMIÁN.— Adelántate al tiempo, tú has previsto el final...

AVELINO.— (*Furioso dentro de un tono suave.*) En este caso, no me da la gana pensar, Damián (*Transición.*) Será mejor que dejemos este asunto. Nunca nos habíamos acalorado tanto.

DAMIÁN.— Me indigna tu postura.

AVELINO.— (*Enigmático.*) ¡Tú que sabes!

DAMIÁN.— Sólo sé, y me basta, que hay que ir a las cosas, no esperar que ellas vengan a nosotros. Luchar y conseguir, ahí está el éxito. Al menos puedes imponerte y conseguir que ella se olvide de todo.

AVELINO.— No podré. Además, también es posible que al final te des cuenta de que no lo has conseguido. Y entonces, ¿qué?

DAMIÁN.— Nada. Al final siempre sucede que te mueres y te pudres. Para entonces no importa comprobar el fracaso. Y entretanto hay que imponerse, imponerse...

AVELINO.— No sabría. Yo vivo así, como muerto, pero espero que después...

DAMIÁN.— Después te pudres, Avelino.

AVELINO.— No, hombre. Sobre ti crecen flores... y sonrisas y recuerdos... Todo lo que hayas sido capaz de engendrar.

DAMIÁN.— ¡Mentira! Nadie es capaz de conseguir eso antes ni después de morirse.

AVELINO.— Me parece mentira oírte hablar así.

DAMIÁN.— Ya va siendo hora de que me veas andar sin apoyo, pensar sin ayudarme de tus ideas. Puedes ir suponiendo que soy capaz de cometer las más grandes atrocidades, de vivir las mayores pasiones, de... de... de... de todo. *(Transición.)* Te sigo queriendo, pero esto no quiere decir que de vez en cuando desee moverme, pensar y hacer por mi cuenta...

AVELINO.— ¿Qué quieres decir?

DAMIÁN.— Nada, nada.

AVELINO.— Pero ¿de qué hablas?

DAMIÁN.— No te preocupes, hombre. Soy comerciante y es lógico que a ratos no entiendas mi lenguaje. Además, hoy no es mi día. Ya charlaremos más despacio. Adiós

AVELINO.— Pero... Damián...

DAMIÁN.— Hasta la vista.

(Sale. AVELINO, sentado en uno de los sillones, le ve alejarse y queda moviendo la cabeza como si quisiera descubrir por medio de esos movimientos el misterio de las últimas palabras que dijo DAMIÁN. Rápidamente cae el telón.)

TERCER MOMENTO.

La misma decoración. Por la mañana. En el alféizar de la ventana un gran tiesto. En el lugar donde estaba la cama turca hay ahora una de matrimonio no muy grande, cubierta con una vistosa colcha de cretona. También hay una mesilla y una pequeña alfombra de pie. La escena vacía. Entran LUCIANA Y DAMIÁN.

DAMIÁN.— Esto es absurdo. ¿A qué santo tenemos que venir aquí?

LUCIANA.— La costumbre. *(Con ironía.)* Después de las bodas siempre se toma un dulce y una copa, para celebrarlas.

DAMIÁN.— Ya...

LUCIANA.— Creí que ya estarían aquí.

DAMIÁN.— Yo también. Se habrán entretenido por ahí.

ENGRACIA.— *(Entrando. Trae una bandeja de dulces y unas botellas que dejará sobre la mesa.)* Creí que no llegaba a tiempo. Qué guapa estaba la señorita ¿verdad? Toda de blanco, tan bonita... Como yo no me casé de blanco, siento una cosa rara cuando veo una novia así... Todas las mujeres debíamos casarnos de blanco. Es el buen principio para luego ser feliz.

LUCIANA.— No sea inocente, mujer, con ellos no se puede ser feliz aunque se case una de blanco...

ENGRACIA.— Ya suben, señorita, les oigo. *(Empieza a sonar la melodía.)* ¿Qué hacemos?

LUCIANA.— Esperar.

DAMIÁN.— *(Como un eco.)* Esperar...

(Un silencio.)

(Entran los novios. Ambos de blanco. Ella con vestido y velo. El con jersey, pantalón y zapatos.)

AVELINO.— Damián, amigo. *(Le abraza. SUSI y LUCIANA se besan.)* Ya me casé. *(Con acento fatalista.)* ¿Lo ves? Tenía que casarme y me he casado. Ahora... esperar...

LUCIANA.— Enhorabuena, Avelino.

(Se dan la mano.)

DAMIÁN.— Yo he oído decir que en estos casos se puede besar a la novia...

AVELINO.— Sí, sí... se puede...

(SUSI se acerca y pone la mejilla sonriente. DAMIÁN la besa tímidamente.)

SUSI.— ¿Vamos a tomar una copita?

(El nuevo matrimonio se acerca a la mesa. Los demás, menos ENGRACIA, se acercan.)

AVELINO.— Toma.

(Da una copa a LUCIANA.)

SUSI.— Acérquese, Engracia... *(Se acerca la portera. Cada cual tiene su copa en la mano. SUSI toma del brazo a AVELINO y le dice.)* Tú y yo vamos a brindar aparte. *(A los otros.)* ¿No os molesta?

LUCIANA.— No, no.

DAMIÁN.— ¡Que va!

(Se hace un silencio embarazoso. SUSI se pone a llenar dos copas de leche de la cacerola que hay sobre el fogón. En un platillo vierte otro poco y los dos juntos van hacia la ventana. AVELINO queda un poco retrasado, mirando a LUCIANA que le mira fijamente y SUSI abre la ventana y deja allí el platito. Todos comen y beben en silencio. La pausa se hace insoportable. Entra el HOMBRE.)

HOMBRE.— Buenos días... buenos y felices...

AVELINO.— ¡Hola, buen hombre! Pase, pase y tome algo con nosotros...

HOMBRE.— Verá, es que yo venía... Como se ha casado pensé que les agradaría hacer limpieza en la casa... Después de las bodas es muy buena hora de limpiar, para que quede todo más bonito, para que no queden rincones oscuros o sucios... Quizás les gustaría hacer una poco de limpieza... El polvo... las telarañas...

AVELINO.— No se me había ocurrido... Las tenía cariño ¿sabe? *(Volviéndose a SUSI.)* Susi, ¿quieres que quiten las telarañas?

(Estaba abstraída aún mirando por la ventana y vuelve a la realidad, como sorprendida.)

SUSI.— ¿Eh?

AVELINO.— Que si quieres que quiten las telarañas...

SUSI.— Ah, no, no, no, no, que no las quiten. Son algo propio de la casa... Algo tan nuestro...

AVELINO.— *(La mira y asiente.)* Ya lo oyes... *(El HOMBRE pone una grotesca, casi divertida cara de tristeza.)* ¡Vamos, no se apure! Ya las quitará otro día... Tome una copita con nosotros. ¿Queréis dar un dulce a este señor? *(Le da una copa y luego se va a la ventana. A SUSI.)* ¿No quieres tomar nada?

SUSI.— No tengo ganas. Estoy tan contenta que no me apetece nada, nada.

Tengo por dentro una alegría extraña, como agridulce... ¡pero estupenda!

AVELINO.— A mí me pasa igual.

(Quedan aparte, mirando por la ventana. Están muy juntos. Él le ha pasado el brazo por la cintura.)

DAMIÁN.— Y usted ¿por qué demonios tiene esa manía de limpieza?

HOMBRE.— Je, je, je. Me gusta la higiene... Hay que limpiar, amigo, aunque sea de tarde en tarde.

ENGRACIA.— Claro que sí. Aquí el señor lleva toda la razón. Yo también hago de vez en cuando limpieza general en la portería. Si no, nos comería la suciedad.

HOMBRE.— Bueno... al final siempre, siempre, la que come es la limpieza...

(A DAMIÁN y LUCIANA.) Ustedes ¿qué opinan?

LUCIANA.— No me preocupan esas cosas.

DAMIÁN.— A mí tampoco.

HOMBRE.— Pues deben interesarse... ustedes también son personas. ¿O acaso es que lo que no les interesa es ver las cosas limpias?

DAMIÁN.— ¡Psch!

LUCIANA.— A nadie le interesa ver... esas cosas totalmente limpias, siempre hay alguna mota...

HOMBRE.— Debemos procurar que no las haya... Je, je, je, je. *(Señalando a la pareja.)* Ellos quieren estar solos... si ustedes quitan la mota que están poniendo ahora con su presencia, quizás ellos tengan un rato para quitarse alguna de las que tengan dentro...

DAMIÁN.— Por mí me voy ahora mismo.

LUCIANA.— De acuerdo...

HOMBRE.— Podemos ir dando un paseo por el parque... Está bonito. Tan solo, ahora, en invierno... La soledad es buena, se lo aseguro, mucho mejor que... bueno, bueno, vamos.

(Salen los tres. La portera va a salir pero se vuelve y se los queda mirando.)

ENGRACIA.— Señoritos, ¿quieren alguna cosa?

AVELINO.— Nada, gracias, nada.

ENGRACIA.— Que sean muy felices.

SUSI.— Gracias.

ENGRACIA.— Si necesitan algo, estoy abajo. No tienen más que darme una voz.

AVELINO.— Bueno. *(Antes de que salga)* Ah, bájese esos dulces para los chicos.

(Ella los coge y sale.)

AVELINO.— ¿Estás contenta?

SUSI.— Sí, mira qué bonito es el tiesto. Qué pena que no haga mucho frío. Me gustaría encender la estufa... hace calor, estamos casi en primavera...

AVELINO.— No importa. El calor pasara y vendrá el frío. Entonces arderá otra vez...

SUSI.— Sí, la veremos arder... *(Un silencio.)* En la biblioteca de mi padre hay una enorme chimenea francesa. Desde pequeñita me gustaba ir a ver cómo ardía la leña. Es estupendo ¿verdad?

AVELINO.— Sí, sí, desde luego. Pero esta no es una chimenea; no se ve arder la leña.

SUSI.— ¡Uy! ¡Sí que se ve! Mira ¿ves? Por este agujerito se ven perfectamente las llamas. Lo he visto mil veces.

AVELINO.— No me había dado cuenta.

SUSI.— Qué guapo estas. Estoy rabiando porque nos traigan la fotografía. La pondremos ahí ¡Estás tan bien de blanco...! Pareces mucho más joven y todo. Mandaré una copia a mis padres.

AVELINO.— ¿Para qué?

SUSI.— ¿Los has visto en la iglesia?

AVELINO.— Sí estaban detrás de un confesonario.

SUSI.— Mi madre lloraba. La vi con el rabillo del ojo...

AVELINO.— Y tu padre. Se sonó dos o tres veces las narices.

SUSI.— *(Recordando. A partir de este momento la situación ha de resultar angustiada, hasta la caída del telón. Debe procurarse dar un ritmo uniforme a todo el diálogo y que la interpretación sea pausada.)* Ahora

estarán sentados a la enorme mesa del comedor. Seguro que ninguno de los dos dice una palabra. Estarán muy calladitos y no probarán bocado. Marcial, el mayordomo, estará sirviendo la comida tan estirado como siempre, pero hoy, como si fuera a un banquete de estatuas. Mi padre cuando está disgustado chilla y luego se calla, no habla. (*Un breve silencio.*) Se estarán acordando de mí... Pero a mí no me importa, no tiene que importarme. Al fin y al cabo, han sido ellos quienes han hecho que las cosas fueran así... Son unos cabezotas. Porque... ¡vamos! Cosas de estas pasan siempre en las familias y nadie lo hace tan desagradable, nadie se rasga los vestidos. Si ellos han torcido y retorcido las cosas, yo no tengo ninguna culpa. ¿Qué culpa tengo yo de estar enamorada de ti? Ninguna... Somos felices... tú eres bueno... ¿Qué más les hubiera dado a ellos hacer las cosas de otra forma más agradable? (*Otro silencio.*) Son un poco torpes, no ven o no quieren ver las cosas como son. Y el caso es que yo les quiero, porque tengo que quererlos, son mi padres ¿verdad? (*Un silencio.*) No estaría bien no acordarse de ellos. Yo creo que algún día darán su brazo a torcer y vendrán... y aunque no vengan me da igual, ¿sabes?, me da igual que no vengan a vernos. Yo estoy aquí y te quiero, te quiero mucho y no me importa nada más que tú. Te quiero, te quiero, te quiero y te querré siempre.

AVELINO.— Claro, claro.

(*Un silencio*)

SUSI.— Estoy muy contenta. Tengo mi casita, nuestra casita, que es casi de sueño, y nuestra cama, con la colcha de cretona, y la mesilla y la alfombra... y los libros debajo de la cama. Tenemos nuestros dos sillones para pasar tranquilamente el tiempo, nuestras sillas, nuestras paredes y nuestro techo. Aquí estamos tú y yo y estaremos siempre. ¿Verdad?

AVELINO.— Claro, claro que sí, pequeña...

SUSI.— Y cuando tengamos nuestro hijo, todo será más hermoso aún... y entonces, ya verás cómo entonces sí que vienen mis padres y se olvidan de todas las tonterías que les obliga a hacer su condición. Y tendrán que perdonarte lo que no necesita perdón y te estarán eternamente agradecidos por haberles dado un nieto y seremos más felices y nada, nada podrá separarnos, ¿verdad?

AVELINO.— Ciertamente...

SUSI.— Y entonces veremos las cosas con más serenidad y podremos hablar sin reservas, sin añoranzas, gozando por completo nuestro presente. Y tú le enseñarás al niño la Historia de España, la Historia del Mundo, la Historia de los Hombres. Y a tu lado aprenderá a ver la vida y sus cosas con ternura y con amor. Y él jugará con Tartufo, cogiéndole por el rabo y amará las telarañas como las amamos tú y yo y también querrá a sus abuelos, como tú y yo, porque yo quiero a mis padres a pesar de todo, y tú un poco también ¿verdad?

AVELINO.— Sí, sí.

SUSI.— Ya ves... yo quiero a tu madre, aunque no la he conocido nada más que por ese retrato. (*Durante este diálogo AVELINO se ha sentado al borde de la cama con la mirada fijada en el suelo y los brazos caídos sobre las rodillas. SUSI, que estaba apoyada en el chubesqui, se acerca en este momento a él.*) Y la quiero, porque te quiero a ti, sí, te quiero, te quiero, te quiero mucho. (*Se sienta y le acaricia el pelo.*) Y tú lo sabes.

AVELINO.— Sí, sí, claro que lo sé.

SUSI.— Y jamás dejaré de quererte porque eres el hombre más bueno del mundo; siempre procuras comprender a la gente. Quisiera darte todo lo que te mereces... (*Un breve silencio.*) Si ellos comprendieran las cosas todo sería más fácil; podríamos irnos a vivir a mi casa, que es enorme. Allí tú te dedicarías a estudiar...

AVELINO.— Eso no, Susi. Cuando decidiste casarte conmigo ya sabías quién era yo dónde y cómo vivía ¿verdad? Sabías la opinión de tus padres... y la mía Ya voy para viejo, Susi... Yo quisiera...

SUSI.— No te preocupes, ha sido una tontería mía.

(AVELINO le acaricia el rostro. Ella le mira con arrobamiento y un instante después rompe a llorar furiosamente y deja caer su cabeza sobre el pecho de AVELINO, mientras cae muy deprisa el telón.)

ACTO SEGUNDO

CUARTO MOMENTO

La misma decoración. Por la mañana, poco antes del mediodía. Al alzarse el telón está en la cama SUSI. Es invierno. En la chimenea arde la leña. Sobre la mesa hay unos platos sucios y restos de comida que se supone son de la cena del día anterior. Entra LUCIANA vestida con un llamativo conjunto.

LUCIANA.— *(Reparando en el desorden del cuarto.)* ¿Hay alguien en esta casa?

SUSI.— Sí, hija, la de siempre, yo.

LUCIANA.— Hola, querida, buenos días. Buenos y fríos.

SUSI.— Frío... Tú qué sabes de eso... frío... No tienes idea de lo que es el frío.

Sería preciso que vinieras a vivir a esta casa para que comprendieras lo que es el frío. Tú tienes calefacción, mis padres tienen calefacción, yo tengo frío.

LUCIANA.— Solucióvalo, vete a tu casa...

SUSI.— No puede ser. *(Señalando la bata que hay colgada en la viga.)* ¿Quieres acercarme la bata?

LUCIANA.— *(Mientras lo hace.)* ¿Y por qué no puede ser?

SUSI.— *(Cogiendo la bata.)* Gracias. *(Empieza a ponérsela.)* Tú no lo entenderías. Avelino no merece una cosa así. No sabes cómo trabaja. *(Un silencio.)* ¿Cómo te has dejado caer por aquí?

LUCIANA.— Vine por estos barrios y como hacía tanto que no te veía me acerqué. Pareces una monja... no sales, no vas a ver a tus amigas.

SUSI.— ¡Para qué! Viviendo aquí se pierde la noción del tiempo y de la sociedad.

LUCIANA.— ¡Qué horror! ¡Será irresistible!

SUSI.— Es muy raro de explicar. Esta vida por un lado tiene el encanto de la independencia, parece como si existieras al margen de los demás. Pero a veces cansa. Si al menos no hiciera este condenado frío... yo me sentiría mejor, más contenta, casi feliz... pero...

LUCIANA.— Ya; el pero que hace todo vulgar.

SUSI.— Mujer, no es eso... (*Rápida transición.*) ¿Qué es de aquel chico que te gustaba? ¿Os habéis arreglado?

LUCIANA.— No.

SUSI.— Tienes mala suerte...

LUCIANA.— (*Seca.*) No creas. Es que yo también tengo mis gustos...

SUSI.— No me vas a decir que son exactos a los míos.

LUCIANA.— ¡Por Dios!

SUSI.— (*Reparando en los cacharros que hay sobre la mesa.*) Esta mujer... (*Sale hasta el descansillo de la escalera y desde fuera de la escena grita.*) ¡Engracia! ¡Engracia! (*Vuelve a entrar.*) Esta mujer no hace nada. Fíjate cómo está la casa. Le pagamos veinte duros al mes y como si nada. La mayor parte de los días tengo yo que hacer todo.

LUCIANA.— (*Mirándola divertida.*) Bueno, pero eso es estupendo. Ahora eres una mujer de tu casa... Tienes tu nidito y, por no faltar, no falta ni el color tibio de una chimenea, ni... ni... ¡ni el gato!

SUSI.— ¡Jesús! ¡Tartufo! (*Coge un plato y echa en él leche de la cacerola.*) ¡Hija! Esto de ser ama de casa es terrible.

LUCIANA.— Yo creí que era maravilloso. (*Con sorna.*)

SUSI.— Es absurdo.

(*Un silencio.*)

LUCIANA.— ¿Qué sabes de tus padres?

SUSI.— Siguen sin venir. Ayer me ha escrito mi madre. Está impaciente por saber si voy a tener un hijo.

LUCIANA.— Ah, pero...

SUSI.— No, nada... (*Adopta un aire sombrío.*) Ni eso. No sé... es igual... seguramente sería peor... ¡Qué frío hace!

LUCIANA.— Te obsesiona el frío... No hace frío siempre... Cuando llegue el buen tiempo...

SUSI.— Empezaré a temer que se acabe el calor.

LUCIANA.— Pensando así no me choca que estés amargada.

SUSI.— No estoy amargada.

LUCIANA.— Cualquiera lo diría.

ENGRACIA.— (*Entrando.*) Buenos días. Vaya un día de frío. (*Se estremece.*) No he subido antes porque tengo a Manolín acatarrado y el médico estaba al caer.

LUCIANA.— ¿Qué tiene?

ENGRACIA.— Nada importante. El médico dice que debe ser una bronquitis. Ha mandado que le demos un jarabe. En tres días estará listo para ir al taller.

LUCIANA.— ¿Ya trabaja?

ENGRACIA.— ¡Qué remedio! Con lo mal que está todo... Está de aprendiz en un taller. Ya nos trae un jornalito.

(Empieza a recoger los cacharros. Los lleva a la pila.)

LUCIANA.— ¿Por qué no te arreglas y me acompañas de tiendas?

SUSI.— No puedo. Tengo que ir al mercado.

LUCIANA.— (*Riendo.*) ¡Qué mujercita de tu casa! Me haces mucha gracia.

SUSI.— Yo también me la hago.

HOMBRE.— (*Entrando tímidamente, como la vez anterior.*) Buenos días, señorita. ¿Necesitan ustedes algo?

SUSI.— (*Hurgándose los bolsillos.*) No, nada... (*Le da un duro.*) Tenga usted...

HOMBRE.— No se moleste. Si yo venía sólo, porque como pasa el tiempo y desde que vine la última vez ya debe estar todo mucho peor, me he dicho... Vamos para allá a ver qué se puede hacer.

SUSI.— (*Rechazando el duro.*) No, no, quédeselo. Usted tiene ganas de trabajar, tiene que vivir...

HOMBRE.— Nada, pues muchas gracias. ¿Quiere usted que vuelva otro día?

SUSI.— Dese una vuelta por aquí dentro de una semana. A lo mejor... (*Se queda mirando todos los rincones.*) Aunque ya que está usted aquí...

LUCIANA.— ¿No te gustaban tanto esos rincones sucios?

SUSI.— Con el tiempo parece que...

HOMBRE.— (*Disponiéndose su paraguas para frotar los rincones. Muy contento.*) Entonces... ¿Quiere que empiece?

LUCIANA.— A Avelino le gustan tanto... Se llevará un disgusto cuando no las vea.

SUSI.— (*Contrariada*) Sí, tienes razón. (*Al HOMBRE.*) Mejor, vuelva usted dentro de una semana. Hablaré con mi marido.

HOMBRE.— (*Despidiéndose con cierta gracia.*) A su órdenes señora... Y muchas gracias... ¡Hasta pronto!

(Esta despedida con mucha intención.)

LUCIANA.— (*Sentándose en el sillón más próximo al chubesqui.*) Aquí se está bastante calentito.

SUSI.— Sólo junto a la estufa. (*Se sienta en el otro sillón. Un silencio. Se oye el ruido que produce ENGRACIA al fregar los cacharros. Un silencio.*)

Ya te digo... No... no puedo acompañarte. Quizá otro día. Ven por aquí otro día con más tiempo.

LUCIANA.— Bueno.

(Un silencio. Suenan doce campanadas.)

SUSI.— (*Visiblemente impaciente.*) Me tengo que ir a la compra. (*No hace el menor movimiento.*) Entonces, quedamos en que vienes por aquí otro día.

LUCIANA.— Sí.

SUSI.— (*Viendo que LUCIANA no se mueve.*) Avelino vendrá hoy muy tarde. Trabaja tanto ahora... Menos mal que así me da tiempo a arreglar todo.

(Hace ademán de levantarse.)

LUCIANA.— Te voy a dejar... No quiero interrumpir tus faenas de señora. (*Se levanta.*) También tengo mucho que hacer. (*Se besan.*) Hasta cualquier día.

SUSI.— Hasta cuando quieras. (*Acompaña a LUCIANA hasta la puerta y mientras la ve alejarse, probablemente mientras la vea bajar la escalera.*) ¡Hipócrita!

ENGRACIA.— *(Para sí.)* Y que lo diga. *(SUSI va tras el biombo y empieza a vestirse. ENGRACIA ha dejado recogidos los cacharros y se va al centro de la escena secándose las manos.)* Señorita, si no la importa, vengo luego a barrer... Es que tengo que ir por unas recetas a la botica.

SUSI.— *(Detrás del biombo.)* Bueno, Engracia. Ya sabe que aquí está desterrada la urgencia... No corre prisa nada.

ENGRACIA.— Entonces, hasta luego.

(Sale ENGRACIA y empieza a sonar la música.)

(SUSI sale terminando de dar los toques a su vestido. Se dirige al mueble aparador donde apoya un espejito y empieza a pintarse los labios de cualquier manera. Entra DAMIÁN.)

DAMIÁN.— ¿Qué hay de bueno en esta casa?

SUSI.— Hola Damián.

(Su tono es de sequedad.)

DAMIÁN.— ¿Estás sola?

SUSI.— Sí.

DAMIÁN.— ¿Y ese hombre?

SUSI.— Dando clases de Historia.

DAMIÁN.— Él diría vendiéndolas.

SUSI.— Sí

(Vuelve a pintarse, dándole la espalda.)

DAMIÁN.— ¿Cómo vais por aquí?

SUSI.— Exactamente igual que ayer cuando nos dejaste.

DAMIÁN.— Hoy hace mucho frío.

SUSI.— Sí

DAMIÁN.— Y claro, tú lo notarás más. *(Un silencio.)* Como estás acostumbrada a otras comodidades.

SUSI.— Cuando me casé, sabía perfectamente que aquí no había más que esa estufa.

DAMIÁN.— Desde luego, mujer... Pero al principio las cosas parecen más bonitas.

SUSI.— (*Encarándose con él.*) Mira, eso pertenece al secreto del sumario, es algo así como los resultados que obtienes a diario en la registradora de tu tienda.

DAMIÁN.— No es una comparación muy digna de este escenario. (*Señala con el ademán el cuarto.*) Tu marido no es partidario de esas comparaciones, es amigo de otras cosas.

SUSI.— Precisamente. Y lo que me extraña es que haya sido amigo tuyo durante tanto tiempo. No lo entiendo, Damián, tú...

DAMIÁN.— Es bien sencillo. Él a mi lado, en mi compañía, encontraba el contrapunto que necesitaba... Yo... también. Le escuchaba y pasaba muy buenos ratos, te aseguro que he conseguido muchas veces liberarme de las preocupaciones del negocio... Los dos estábamos satisfechos...

SUSI.— ¿Y ahora no?

DAMIÁN.— Ahora no es posible.

SUSI.— ¿Por qué?

DAMIÁN.— Ya lo sabes tú. (*Mirándola con ansiedad.*) Lo sabes muy bien.

SUSI.— Desgraciadamente, sí. Cuando vienes a vernos cada noche me miras de una manera sucia... Estaría ciega si no lo hubiera notado.

DAMIÁN.— Y si lo sabes...

SUSI.— Prefiero seguir ignorándolo. No quiero que se entere Avelino... ¡ni yo quiero enterarme! (*Breve silencio.*) Se llevaría un chasco si se enterase que su amigo comerciante, su mejor amigo es otro Tartufo que anda acechando a ver si puede robarle las pescadillas..

(Silencio largo y embarazoso. DAMIÁN y SUSI se desafían con la mirada. Cesa la música.)

DAMIÁN.— (*Acechándola.*) Puede que tengas razón, pero... ¡tú no eres una mujer tonta! Creo que contigo se puede hablar sin tonterías... ¿podemos?

SUSI.— Por probar...

(SUSI se sienta en un sillón. DAMIÁN duda un momento antes de hacer lo mismo en el otro. Carraspea. Se arregla el chaleco.)

DAMIÁN.— Sé que estás acostumbrada a una vida distinta y que por nada del mundo puedes olvidarla. Esos pequeños, casi microscópicos placeres que nos rodean mientras crecemos, crean hábito, terminan por convertirse en necesidades. Su falta nos hace sentirnos desgraciados. Y esto en vosotras, las mujeres, es más acentuado. Sois... más apasionadas, más temperamentales... y caprichosas, muy caprichosas... procuráis satisfacer vuestro capricho sin pensar que podéis ocasionar un daño a otras personas... sin reparar en nada. Tú, ahora, te encuentras entre la espada y la pared. El capricho ya le has satisfecho y estás cansada... Ya no quieres esta vida, te harta; te sientes desgraciada y deseas escaparte, volver a tu vida de antes. Él es desgraciado, aunque, eso sí, el menos desgraciado, porque ya presumía esta reacción tuya y sin embargo cometió la tontería de casarse. (*Un silencio.*) Yo, también soy desgraciado... También yo quisiera casarme con una mujer bonita y tengo suficiente para mantenerla, hasta para costearle caprichos superfluos. Sí... si vosotros dos queréis vivir ahogados entre telarañas, tratando de esconderos, yo no. Soy comerciante. No me gusta perder el tiempo. Voy a ser bastante claro. Tú has hecho ya el daño. No tiene arreglo. Tú no puedes volver a tu casa, por que estás enfadada con tu familia... Aún puedes cometer otra tontería, una nada más, de la que, te lo aseguro, no tendrías que arrepentirte nunca. Respondo yo de ello.

SUSI.— ¿Te das cuenta de que estás hablando como un canalla?

DAMIÁN.— Mejor, diría yo, como un comerciante.

SUSI.— Estás pisoteando la amistad.

DAMIÁN.— ¿Acaso no has pisoteado tú el... (*Con sorna.*) amor?

SUSI.— Es distinto.

DAMIÁN.— Desde luego, yo pisoteo la amistad porque te quiero, tú pisoteas las cosas por capricho. (*Como reprochándola.*) Tú no quieres a nadie.

SUSI.— ¡Mentira! Sí quiero, quiero a Avelino. Quiero a mis padres.

DAMIÁN.— Los quieres ahora que recuerdas la calefacción de tu casa, los criados, la buena vida...

SUSI.— (*Chillando.*) ¡Cállate, Damián, no te aguanto, eres insoportable, vete!

DAMIÁN.— Enseguida me voy. (*La mira. Un silencio.*) Sabía lo que iba a suceder...

SUSI.— Haberte callado tus sentimientos. ¿Para qué se te ha ocurrido decirme todo esto?

DAMIÁN.— Tenía que decírtelo. Me gustan los negocios expuestos y sobre todo me gustan tú. Me he jugado la amistad de tu marido, sí, pero no me importa, porque ya no me interesa... no, no me interesa... *(Un silencio durante el cual se levanta DAMIÁN del sillón.)* ¡Bah! Un mal negocio. Nada más que un mal negocio.

SUSI.— Oye, ¿desde cuándo estás guisando estas ideas en tu cabeza?

DAMIÁN.— Creo que desde que te conocí. Eran entonces los días en que estaba preocupado por el negocio y me dejaba ganar gustoso por las ideas de tu marido. Me hablaba de ti entusiasmado... Me entusiasmé yo también. Al principio, te aseguro que llegué a quererte con las ideas de Avelino, por Avelino. Luego sucedió lo que tenía que suceder. Tomé yo las riendas de mi asunto y... le amoldé a mi personalidad.

SUSI.— Si Avelino se enterase... ¿Es que está condenado a vivir entre mentiras?

DAMIÁN.— Por lo visto le agrada...

SUSI.— Vete de una vez, Damián. Es lo mejor que puedes hacer. Los negocios son los negocios.

DAMIÁN.— Sí... *(Dirigiéndose a la puerta.)* ¿Y tú que piensas hacer?

SUSI.— Eso es cosa mía. Adiós.

(Él sale. Ella se va a la ventana y queda mirando al cielo vagamente mientras cae el telón.)

QUINTO MOMENTO.

La misma decoración. Al alzarse el telón la escena está vacía. Por la tarde, después de una breve pausa, entra AVELINO con unos libros debajo del brazo. Viene pensativo, deja los libros sobre la mesa, echa una rápida ojeada a la habitación y tomando uno de los libros que traía, va a sentarse a uno de los sillones, concretamente, el que está de espaldas a la puerta. Se pone a leer. Tímidamente entra el HOMBRE y al ver que AVELINO está abstraído, se apoya en la pared, junto a la puerta y queda en silencio. Entra LUCIANA.

LUCIANA.— *(Avanzando hasta ver a AVELINO, sin reparar en HOMBRE.)* Buenas tardes, profesor.

AVELINO.— (*Se pone de pie*). Hola, Luciana. (*Ve al HOMBRE.*) ¿Qué tal, buen hombre?

HOMBRE.— Yo venía...

AVELINO.— Ya sé, ya sé. A limpiar. Es el día que le dijo mi mujer.

HOMBRE.— Sí, señor.

AVELINO.— No sé qué hacer. (*A LUCIANA.*) Susi ha salido a hacer unas visitas y...

LUCIANA.— Le gustará ver esto limpio. Yo también creo que es mejor.

AVELINO.— Bueno. Entonces... (*Al HOMBRE.*) puede empezar cuando quiera. Tenga.

(Le da un billete)

HOMBRE.— (*Contentísimo.*) Oh, muchas gracias.

(Empieza a silbar la melodía.)

AVELINO.— ¿Necesita alguna cosa?

HOMBRE.— No, nada, nada. (*Como si se dirigiese a un auditorio en la apertura de una sesión.*) Podemos empezar.

AVELINO.— Siéntate, Luciana. No creo que Susi tarde mucho. Y eso que ahora sale casi todas las tardes. Antes no, me esperaba aquí haciendo cualquier cosa.

LUCIANA.— Era la novedad. Pero la novedad tenía que terminar por ser una rutina, una rutina como todas, insoportable y monótona. Siempre fue igual. En el colegio se entusiasmaba siempre con las materias nuevas y a medida que pasaba el tiempo se iba enfriando su entusiasmo. No debes preocuparte por lo que haga ella. Ha sido siempre muy caprichosa. Tú no debes disgustarte. Eres, sin duda, un gran personaje. Tienes más importancia de la que Susi te da.

AVELINO.— Eso que yo...

HOMBRE.— ¿Quito también estas del rincón?

AVELINO.— (*Triste.*) Sí, de quitar quite todas. (*A LUCIANA.*) Yo sé perfectamente que soy un pobre hombre... Me dejo arrastrar fácilmente por cualquier circunstancia, por insignificante que sea... Y en el caso de Susi no era tan insignificante. Su alegría, su juventud, su encanto de mujer...

LUCIANA.— Hay muchas mujeres que tienen todas esas condiciones, muchas, que, además, son más constantes...

AVELINO.— Quizás, pero yo no las conozco.

LUCIANA.— A todas, no. A algunas, sí

AVELINO.— ¿Sí?

LUCIANA.— Sí

AVELINO.— No sé...

LUCIANA.— Yo. Yo... quiero aprender historia. Soy constante. No como tu mujer, que ha sido una estúpida que, teniendo la facilidad de aprender contigo, se ha dejado ganar por la facilidad de una vida estúpida. Yo no soy así. Quiero aprender historia contigo porque quiero que me la enseñes tú. Estudiaré, pasaré, si es preciso, horas y hora documentándome en las bibliotecas para que puedas sentirte orgulloso de tu nueva alumna. Te pagaré lo que sea, sin necesidad de que mi padre se entere, sin posibilidad de que se oponga. Me darás clases siempre, en invierno y en verano, aunque se hiele la respiración...

AVELINO.— Tú también eres una niña caprichosa. (*Levantándose.*) Terminarías por cansarte de las clases de historia y sentirías el frío de este cuarto al cabo del tiempo. (*Transición.*) Además, no debes olvidar en ningún momento que eres la amiga, la mejor amiga de mi mujer.

HOMBRE.— Esto ya está listo. Con el permiso de ustedes me voy a trabajar a otro sitio.

AVELINO.— (*Preocupado.*) Perfectamente. (*El HOMBRE sale, sacudiendo el polvo de la chistera que se ha quitado ahora, para limpiarla por primera vez.*) Ya está limpia mi buhardilla. (*Pasea. Mira todos los rincones.*) Sí, ya está todo limpio. (*Mira los libros colocados en el vasar.*) Mañana le diré a Engracia que limpie el polvo de los libros. (*Vuelve a sentarse. Casi se ha desplomado.*) ¿De qué hablábamos?

LUCIANA.— De la clase...

AVELINO.— Ah, sí... Ya te digo... no debes dar clase conmigo... Además, ya no quiero ganar más dinero... y... a ti no sabría explicarte nada. Compréndelo... Me fastidian las clases. Los alumnos... todos. Damián apenas viene a verme... Susi se va por las tardes de visita... Tú quieres que te dé clases... El único que sigue viniendo todas las noches a verme, como siempre, a tomar su leche, es Tartufo y para alimentarle ya gano bastante. Creo que debo enfadarme contigo por haberme propuesto eso

siendo la mejor amiga de Susi. Eso no está bien. Aunque yo también deseara que fueras mi alumna, no podría ser. Necesitamos respetar lo que no es nuestro ¿sabes? Debía enfadarme contigo por haberme propuesto semejante cosa, pero no puedo. Tengo la obligación, la necesidad, de comprender las cosas de los demás como las mías. (*Un silencio.*) Claro que al enterarme de todo esto, me entristezco más, pero... ¿Lo voy a remediar acaso con mi tristeza? No. Viene a ser en mí algo así como un estado normal, como un sello... como diría Damián, mi marchamo de fábrica. Es mejor que te quites esas ideas de la cabeza.

LUCIANA.— Es que yo quiero que me expliques tus lecciones. Estoy segura de que al ver mi comportamiento al cabo de algún tiempo, podrás sentirte feliz.

AVELINO.— No, Luciana... Tú también terminarías por hartarte.

LUCIANA.— No me hartaré

AVELINO.— Eso se dice siempre. Luego... es mentira.

LUCIANA.— No te creas que soy como Susi. Ella es de una forma y yo de otra muy distinta.

AVELINO.— No lo creo. Es posible que distinta sea la forma de llegar a querer las cosas, pero es la misma de dejar de quererlas. Te lo dice un viejo... Aunque no lo parezca. Sois dos mujercitas caprichosas. Tenéis calefacción en vuestras casas, deseáis y os cansáis. Sois humanas. Y no creas que es un reproche, no, es una realidad, ni buena ni mala, sino natural.

LUCIANA.— Eso es una tontería Avelino.

AVELINO.— Es cierto. Te lo aseguro.

LUCIANA.— (*Levantándose fastidiado.*) Bueno, ya sé algo más sobre ti. Sé que eres bueno porque eres tonto ¿me oyes? ¡tonto de remate!

AVELINO.— ¿Sacaría algo más siendo tan listo como tú?

LUCIANA.— ¡Desde luego!

AVELINO.— Mejor para ti si lo crees. Yo soy como soy y voy por donde tengo que ir, con quien tengo que ir y como tengo que ir. Por muy listo que sea, siempre seré así, no lo dudes.

LUCIANA.— ¡Tú qué sabes! ¿Acaso crees que desde estas cuatro paredes se pueden descubrir todos los secretos de la vida?

AVELINO.— No necesito salir. Esos secretos los tengo dentro de mí y tú también, mujer tú también, no lo dudes.

LUCIANA.– Eso se llama algo así como introspección.

AVELINO.– Sí, algo por el estilo.

LUCIANA.– (*Enfurecida.*) Pues quédate tú con esa estúpida introspección y deja a los demás que vivan con su manera de ser.

AVELINO.– Si yo les dejo...

LUCIANA.– Bueno, pues... ¡no te quejes!

AVELINO.– Yo no me quejo.

LUCIANA.– Ya. Tú por lo visto eres un corderito. Mejor para ti. Yo quería... yo... ¡Bah! Los hombres sois tan ciegos que no veis nunca la intención.

AVELINO.– ¿Qué intención?

LUCIANA.– Es que a pesar de ese aire docto, no entiendes nada... o no quieres entender... ¡Tú sabrás! Adiós.

(Sale encorajinada y con paso decidido.)

AVELINO.– (*Pensativo, viéndola irse.*) Yo lo entiendo todo... todo...

(Va a la mesa, coge el libro que dejó cuando llegó LUCIANA y se sienta de nuevo a leer.)

(Después de un breve silencio entran SUSI y LUCIANA.)

SUSI.– (*A AVELINO.*) ¿Qué ha sucedido con Luciana? ¿Por qué está tan agitada, Avelino?

AVELINO.– Debe ser porque ha descubierto que soy tonto.

LUCIANA.– Te digo, Susi, que no tengo nada que hacer en tu casa. Me voy.

SUSI.– No, no te vas. Tú vas a quedarte hasta que nos enteremos de lo que ha sucedido.

LUCIANA.– Habrás querido decir hasta que te enteres tú.

SUSI.– Sí.

AVELINO.– Opino, pequeña, que cuando una cosa carece de interés, no merece la pena que tratemos de profundizar en ella. Tu amiga y yo hemos hablado un rato. No estábamos de acuerdo y se ha disgustado. En todas partes, entre todo el mundo, pasa igual. Nadie se pone de acuerdo. Todos van, van y en el camino tropiezan una y mil veces. Pero siguen, casi siempre sin mirar dónde tropezaron. ¿Qué más da el motivo de la discusión? Lo fundamental es que no estábamos de acuerdo.

LUCIANA.— Yo me voy.

AVELINO.— Ve con Dios, Luciana.

SUSI.— Puedes irte.

(LUCIANA sale. SUSI, pensativa, deja sobre la mesa un paquete pequeño y unos papelotes que traía. AVELINO vuelve a sentarse a leer.)

AVELINO.— *(Alzando la vista apenas del libro.)* Esta tarde me encontré con Damián. Ha estado muy seco.

SUSI.— *(Sin mirarle.)* Irá mal su negocio.

AVELINO.— Vino el hombre de la limpieza.

SUSI.— *(Dándose cuenta de que todo está limpio.)* ¡Es verdad! Ha limpiado todo... *(Él vuelve a leer. Ella va al fogón y mientras trajina en los cacharros habla.)* Esta tarde me encontré a mamá en casa de la marquesa. Me ha dicho que van a hacer una viaje a Italia. Como quien no quiere la cosa, ha dejado caer la posibilidad de que yo les acompañe. Van a pasar un mes en Roma y otro recorriendo las principales ciudades de la península. Será un viaje extraordinario.

AVELINO.— ¿Cuándo se van?

SUSI.— Dentro de diez días.

AVELINO.— *(Pensativo)* Dos meses es mucho tiempo.

SUSI.— ¡Qué va! ¡Pasan en un vuelo!

AVELINO.— Bien mirado, puede que tengas razón... Y no dos meses, sino todo el tiempo.

SUSI.— ¿Crees que es posible...?

AVELINO.— ¿Qué?

SUSI.— ¿Que pudiera acompañarlos?

AVELINO.— *(Sin dejar de leer.)* ¿Por qué no?

SUSI.— Qué estupendo. *(Loca de alegría, corre a abrazarle.)* Te traeré una reproducción de la torre de Pisa.

AVELINO.— Ahí tengo un libro con varias fotografías.

SUSI.— Es que una reproducción es mejor que una foto.

AVELINO.— Sí, seguramente...

SUSI.— *(Yendo al fogón.)* ¿Cómo quieres la tortilla, de patatas o a la francesa?

AVELINO.— Como te apetezca... Me da igual.

SUSI.— Hijo, eres un pelma para esto de las comidas. Te da todo igual. Nunca te apetece algo concreto.

AVELINO.— Me tiene que dar igual.

SUSI.— Podías haber cambiado con el tiempo.

AVELINO.— Tienes razón.

(Breve silencio. Ella vuelve a trajinar.)

SUSI.— ¿De verdad no te importa que me vaya?

AVELINO.— No, no, claro que no.

SUSI.— Le encargaré a Engracia que te tenga todo arreglado como si yo estuviera aquí.

AVELINO.— Bueno.

SUSI.— Te escribiré todos los días contándote lo que hago.

AVELINO.— Algún día no podrás. Por lo menos cuando estés de viaje.

SUSI.— Serán muy pocos días.

(Breve silencio.)

AVELINO.— ¿Por qué no vendrá Damián ahora?

SUSI.— Irán mal sus negocios y estará malhumorado. Ya le hablaré yo antes de irme. No quiero que te deje solo. *(Va al aparador. Saca un mantel y empieza a poner la mesa.)* No tengo apetito, me han dado unas pastas en casa de la marquesa...

AVELINO.— Llevas una temporada sin apetito. Al cambiar de ambiente, quizás lo recobres.

(Entra ENGRACIA. Viene muy agitada.)

ENGRACIA.— Señorito, señorito.

AVELINO.— ¿Qué hay?

ENGRACIA.— Ese hombre... Está abajo... En la portería... Está llorando como un niño.

AVELINO.— Pero ¿qué hombre?

ENGRACIA.— Ese del paraguas que viene tanto últimamente.

AVELINO.— ¿Quién...? ¿quién...?

SUSI.— Debe ser ese pelma de la limpieza.

AVELINO.— Ah, sí ¿Qué dice usted que le pasa?

ENGRACIA.— Que esta llorando abajo. Quiere verle a usted, pedirle perdón por no sé qué.

AVELINO.— Ya... Bueno... bajaré a decirle que no se preocupe, que esto no tiene importancia... pobre hombre. Él no comprende que tenía que limpiar alguna vez... Y si no... mejor... tenga, le va a dar este billete y le dice de mi parte que estoy muy contento, que desde que vine a esta casa no había hecho nunca limpieza general y me hacía mucha falta.

ENGRACIA.— Y si insiste en verle ¿qué le digo?

AVELINO.— Que me he acostado ya, pero que le estoy muy agradecido.

(Se va ENGRACIA.)

SUSI.— ¿A qué santo estará llorando ese hombre? No entiendo una palabra, todo es absurdo. Me parece una solemne tontería... No entiendo nada.

AVELINO.— Es lógico que no lo entiendas. Son cosas de hombres, de los hombres que trabajan. A veces se arrepienten de haber hecho su labor y quisieran deshacerla, pero no pueden. *(Suspira.)* ¿Cenamos?

SUSI.— Me falta hacer la tortilla. Puedes ir tomando la sopa. No me esperes. Yo no tengo apetito.

(Él se sienta a la mesa y empieza a servirse la sopa de la sopera que ha colocado SUSI sobre la mesa. Ella empieza a batir el huevo para la tortilla.)

AVELINO.— *(Mientras come.)* Tienes que ir arreglando lo del pasaporte... Tardará unos días.

SUSI.— Ya me ha dicho mamá que si me decidía, fuera mañana por la mañana, a primera hora, a verla. Me acompañará a ver a un alto empleado de la policía. Me lo dará en seguida. ¡Ah, se me olvidaba...! Necesito un permiso marital.

AVELINO.— Descuida, ese permiso lo tienes.

(Él se lleva la cuchara a la boca, ella echa el huevo batido en la sartén y cae muy deprisa el telón.)

SEXTO MOMENTO

La misma decoración. Es de noche. Las ocho y media. En el chubesqui arde la leña y la decoración está casi a oscuras, iluminada por una tenue bombilla que habrá sobre la mesa. Al alzarse el telón, SUSI está haciendo la maleta sobre la cama y AVELINO la contempla dando pequeños paseos por la habitación. Breve silencio.

AVELINO.— ¿Cogiste el libro?

SUSI.— ¡Para qué! Estoy segura de que no tendré tiempo de leer.

(Breve silencio.)

AVELINO.— ¿A qué hora sale el avión?

SUSI.— A las diez. Cinco horas después o quizás un poco más y estaremos en Roma. Es estupendo lo rápidas que se pueden hacer las cosas actualmente.

AVELINO.— Sí, estupendo.

(Un silencio.)

SUSI.— ¿Me acompañarás?

AVELINO.— ¿Para qué?

SUSI.— Hombre...

AVELINO.— Bien quisiera... pero no es necesario... Además ¿no van a venir tus padres a recogerte?

SUSI.— *(Mirando el reloj.)* Dentro de un momento. Estarán para llegar.

AVELINO.— Entones, no es necesario. Da lo mismo que nos despedamos aquí. *(Un silencio.)* Las despedidas son tan desagradables... Me fastidia decir adiós. No se debía decir adiós.

SUSI.— ¡No se debían hacer tantas cosas...! *(Transición.)* En el aparador te dejo unas galletas, seis huevos y un poco de fiambre. Ya encargué a Engracia lo que tiene que hacer. No tienes que ocuparte de nada de la casa.

AVELINO.— Gracias. Yo casi nunca me he ocupado de la casa ¿sabes? Así que seguiré como siempre.

(*Entra DAMIÁN muy serio.*)

DAMIÁN.— Buenas noches.

AVELINO.— Hola, Damián.

SUSI.— Hola.

DAMIÁN.— Ya me ha dicho Engracia que vuela la palomita. Vengo a despedirme de ti. ¿Para mucho tiempo?

SUSI.— ¡Qué va! Sólo para dos meses.

DAMIÁN.— Ah, se pasan en un vuelo.

AVELINO.— ¡Vosotros qué sabéis del tiempo!

DAMIÁN.— Lo sabrás tú que no le das importancia, que jamás tienes prisa... No me hagas reír...

SUSI.— ¿Van mal tus negocios?

DAMIÁN.— Mi negocio va muy mal, es un fracaso.

AVELINO.— No te apures. Tú eres comerciante. Sabrás hacer frente a la situación y levantarás pronto cabeza.

DAMIÁN.— No creas, a veces pienso que tienes razón cuando dices que...

SUSI.— (*Gritando.*) ¡Ya están ahí!

AVELINO.— ¿Quién?

SUSI.— Mis padres. He oído la bocina del coche. La conozco muy bien. (*Corre a la ventana.*) Desde esta endemoniada ventana no se ve la calle. ¡Sólo tejados! (*Volviéndose.*) Avelino, ¿Quieres ayudarme a cerrar la maleta?

(*AVELINO la ayuda sin decir nada.*)

AVELINO.— ¡Ya está! Bueno, Susi, que tengas buen viaje. (*Con voz ronca.*) Que lo pases muy bien.

SUSI.— ¿Te importa que me vaya? Si quieres no me voy. Todavía estamos a tiempo.

AVELINO.— No, no, tienes que irte y te irás.

SUSI.— Bueno, Damián, cuídame mucho al profesor de Historia. ¿Me lo prometes? (*DAMIÁN la da la mano sin contestar.*) Que seáis buenecitos y tú... ¡acuérdate de mí!

AVELINO.— Sí, sí.

SUSI.— Te escribiré contándote todo lo que haga.

(Se abrazan.)

AVELINO.— *(Mirándola.)* ¿Por qué tendrás que irte?

SUSI.— Vamos, vamos, si sólo son dos meses.

AVELINO.— Dos meses... ¡Bah! Pasarán pronto. Sí, ya verás como sí.

SUSI.— Claro que pasarán pronto.

ENGRACIA.— *(Entrando.)* Señorita, sus padres la están esperando abajo.

SUSI.— Gracias. ¿Quiere ir bajando la maleta? Díales que en seguida voy.

ENGRACIA.— Sí, señorita. *(Coge la maleta y antes de hacer mutis dice.)* Se va a notar su falta.

(Mutis.)

SUSI.— *(Vuelve a abrazar a AVELINO.)* No te digo adiós. Eso no podemos decirlo nosotros.

(Empieza a sonar la melodía que ya no cesará hasta que caiga el telón.)

AVELINO.— Sí, claro, claro.

(Ella da la mano a DAMIÁN sin decir una palabra. AVELINO le pasa una mano por el hombro y ambos hacen mutis. Casi inmediatamente vuelve a entrar AVELINO. Se dirige a un sillón y se desploma.)

DAMIÁN.— Bueno, Avelino, ya me voy. *(Un silencio.)* Y no te pongas así. Al fin y a cabo, te quedas en la casa... comerás en la misma mesa, te sentarás en los mismo sillones... Verás las mismas tela...

AVELINO.— No; las quitaron hace ocho días.

DAMIÁN.— ¿Por qué?

AVELINO.— *(Fastidiado.)* Tenía que quitarlas.

(Pausa)

DAMIÁN.— Volverá. Y entretanto aquí tienes tu mundo. No te quejes.

AVELINO.— Puedes venir a verme cuando quieras.

DAMIÁN.— Prefiero no venir... Ya no me agrada este ambiente y lo siento porque reconozco que tiene cierto encanto.

AVELINO.— Ya, tú eres comerciante; yo no. Aquí vegetaré y me seguiré haciendo viejo.

DAMIÁN.— Dichosa manía de vejez. No seas pesimista, hombre. Bueno... oye... no necesito decirte que si algún día necesitas algo de mí, dinero, lo que sea, no tienes más que pasarte por la tienda. Sabes que puedes contar conmigo. Una cosa es que no venga por aquí y otra muy distinta...

AVELINO.— Se acaba de marchar ella y me hablas de dinero. Qué buena madera tienes para las cosas del dinero. No se te puede escapar ningún negocio.

DAMIÁN.— Perdón, Avelino, lo dije... por decir algo. No me paré a pensar... Sé que es una estupidez hablar de dinero cuando se ha ido ella.

AVELINO.— Siempre es estúpido hablar de ello, pero mucho más ahora.

DAMIÁN.— Volveré, no lo dudes.

AVELINO.— Sin embargo, aparte esos negocios de ganancia material, no eres buen vidente. Tenía que irse y no volverá.

DAMIÁN.— (*Paseando nervioso.*) Antes de irme quisiera hacerte una pregunta.

AVELINO.— Házmela.

DAMIÁN.— ¿Me guardas rencor?

AVELINO.— ¡Qué va, hombre! No puedo guardártelo. El rencor es absurdo. Hay que comprender que los hombres hacemos las cosas para nosotros sin ocuparnos de los demás. Es lo corriente, lo normal.

DAMIÁN.— Eres un gran hombre.

AVELINO.— Soy un... hombre... simplemente.

DAMIÁN.— ¿Qué piensas hacer esta temporada?

AVELINO.— No sé. Seguramente lo de siempre. ¡Esperar!

DAMIÁN.— ¿Qué?

AVELINO.— Eso, esperar... ¡Qué!

DAMIÁN.— Tienes que distraerte, no debes dejarte arrastrar por ese estado de ánimo.

AVELINO.— Distraerme... ¿Con qué?

DAMIÁN.— Ah, no sé, con lo que te apetezca.

AVELINO.— Eso es lo malo.

(Silencio prolongado.)

DAMIÁN.— En fin, Avelino, tú sabrás lo que quieres y lo que no quieres, lo que deseas o no deseas, lo que necesitas. Todo lo que yo no puedo ni imaginar. Ya te digo que puedes contar conmigo para lo que necesites... *(Se dan la mano y DAMIÁN se dirige a la puerta. Antes de salir, pregunta.)* ¿Dejarás crecer de nuevo las telarañas?

AVELINO.— Todavía no lo he decidido. Estoy en duda, porque de una parte es bien claro que dan mucha... *(Como arrancándose la palabra.)* comodidad al cuarto, le hacen menos áspero; pero por otro lado la limpieza hace que se vea todo lo que hay aquí con más claridad. No sé lo que haré, pero en definitiva, no soy yo quien tiene que decidirlo, sino las circunstancias, mis circunstancias... Será lo que tenga que ser.

(DAMIÁN hace un ademán de despedida con la mano y sale taciturno.)

(AVELINO se levanta despacio del sillón, va a la cama, acaricia la colcha, luego se dirige a la mesa, limpia con la manga una imaginaria manchita de polvo, cruza la escena, da media vuelta. Al llegar al centro se dirige al aparador. Coge una silla, se sube, descuelga el cuadro de su madre, lo contempla entre las manos, sonríe, vuelve a colgarlo, se sienta en uno de los sillones de espaldas al público. Vuelve un instante aún a quedarse mirando el retrato, da un brinco y se pone junto al fogón a verter leche en el platito. Mientras está haciéndolo, entra la portera con un gato muerto entre los brazos. Él está de espaldas y no la ve.)

ENGRACIA.— Señorito...

AVELINO.— *(Sin volverse.)* ¿Qué hay, Engracia?

ENGRACIA.— *(Señalando el gato.)* Me lo encontré en el patio. Se ha debido caer. Creo que es el suyo.

AVELINO.— Mi ¿qué?

ENGRACIA.— Su gato.

(*AVELINO se vuelve rápidamente.*)

AVELINO.— ¿Tartufo?

ENGRACIA.— Sí.

(*AVELINO, tirando el platito que tenía en la mano, se acerca a la portera. Coge el gato en sus brazos. Lo mira y le acaricia. Luego mira a la portera.*)

AVELINO.— Está muerto. Engracia, está muerto.

ENGRACIA.— Se ha debido dar un golpe terrible. Cuando lo recogí todavía respiraba; estaba muy malito; se veía que no podría vivir.

AVELINO.— (*Mirando de nuevo al gato y acariciándolo suavemente.*) Tartufo, tú también, Tartufo... pobrecito... Se ha debido dar un golpe en la cabeza. No te habrá dolido nada; lo malo es que habrá pasado un mal rato mientras caía. Tenía que caerse precisamente hoy. Pobre Tartufo... ¿Sabes que ya no compraré más leche?

ENGRACIA.— Usted dirá qué hago. ¿Me lo llevo?

AVELINO.— No, no desde luego que no.

ENGRACIA.— (*Mirándole como si viera a un loco.*) Pues ya no sé para qué quiere quedarse con él. Para lo que le va a servir ya... (*Menea la cabeza.*) Estas gentes...

(*Se encoge de hombros y sale.*)

(*AVELINO, con el gato entre los brazos, se acerca al fogón, coge la cacerola de porcelana y empieza a regar el escenario con la leche. Cuando se ha vaciado la cacerola, la deja caer en el suelo, se sienta en el sillón y queda acariciando a Tartufo. Un silencio y muy rápidamente cae el telón.*)

